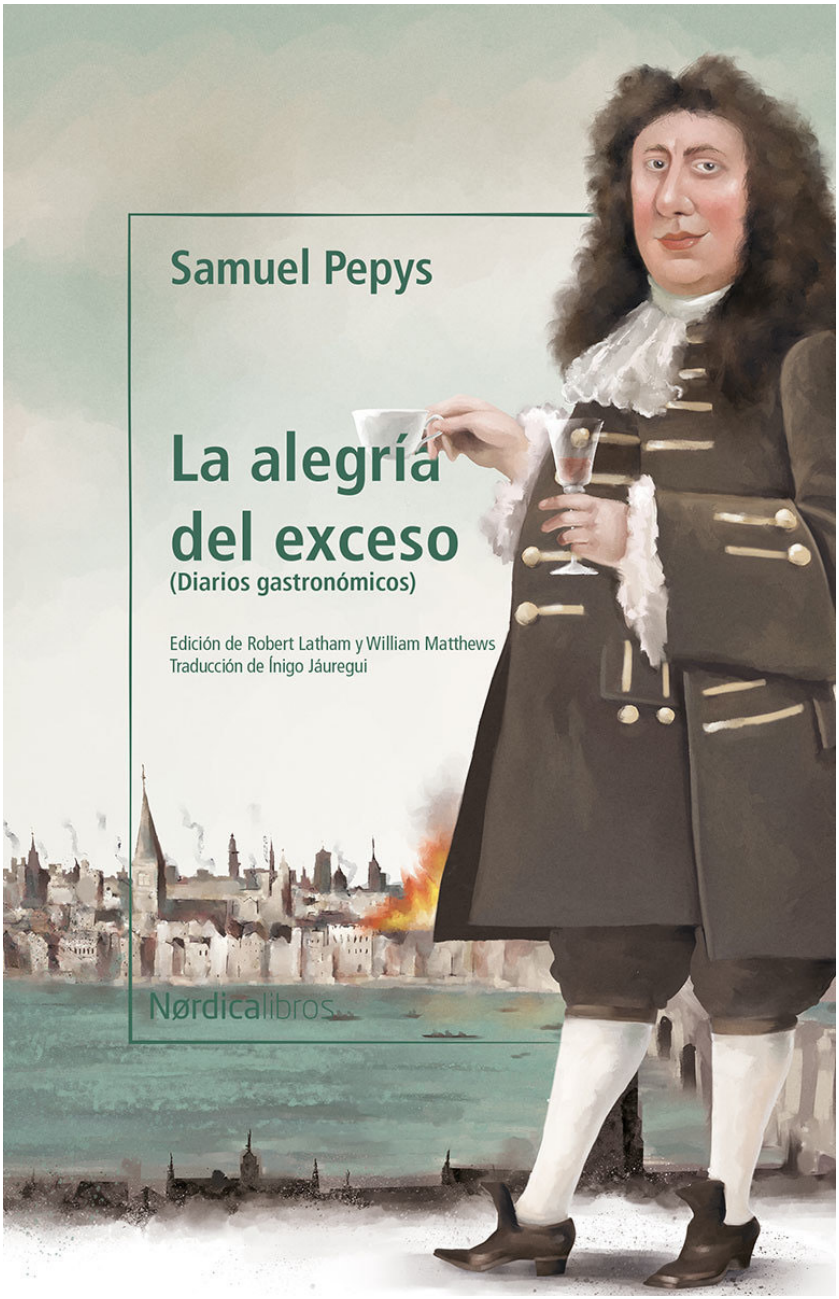
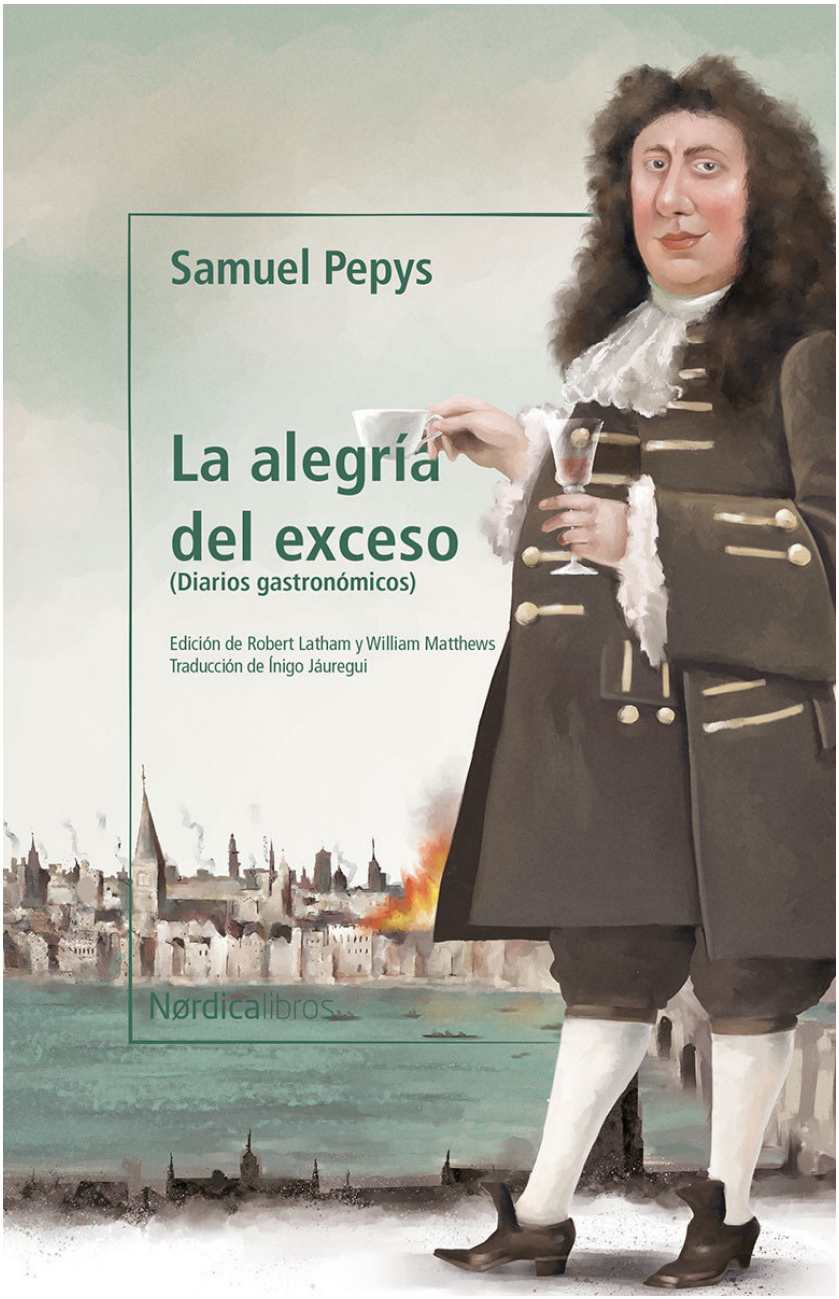

Samuel Pepys
La alegría del exceso
(Diarios gastronómicos)
Edición de Robert Latham y William Matthews
Traducción de Íñigo Jáuregui
Nørdicalibros


Samuel Pepys
La alegría del exceso
(Diarios gastronómicos)
Edición de Robert Latham y William Matthews
Traducción de Íñigo Jáuregui
Nørdicalibros

Samuel Pepys

La alegría del exceso

Edición de

Robert Latham y William Matthews

Traducción de

Íñigo Jáuregui

Nørdicaebooks
Pronto llegará la nieve. Se siente en el aire
www.nordicalibros.com

VINO DEL RIN Y UNA TAZA DE TÉ CHINO

26 de enero

A casa desde la oficina y luego a la residencia de milord, donde mi esposa había preparado una comida excelente, a saber: un plato de huesos con tuétano, una pierna de cordero, un lomo de ternera, un plato de pollo, tres gallinas y dos docenas de alondras, todas en una fuente, una gran empanada, una lengua de vaca, un plato de anchoas, otro de gambas, y queso. Nos acompañaban mi padre, mi tío Fenner con sus dos hijos, el señor Pierce, sus respectivas esposas, y mi hermano Tom. Disfruté lo que pude en tal compañía. W. Joyce, hablando como acostumbra y bebiendo de lo lindo, avergonzó a su padre, madre y esposa. Me fijé en que la señora Pierce había venido tan elegante que dejó a las dos jóvenes bastante amilanadas. Cuando empezó a oscurecer se fueron todos menos el señor Pierce y W. Joyce, sus esposas y Tom. Luego bebimos una botella de vino. Will irritó a su padre y a su madre quedándose, lo que nos divirtió mucho a mi esposa y a mí. Cuando se marcharon, me puse a escribir dos mensajes cifrados para el señor Downing y se los llevé a las nueve de la noche, pero no le gustaron y los corrigió, así que mañana tendré que rehacerlos enteros. De vuelta a casa de milord, me senté con mi esposa junto a la chimenea, donde ardía un buen fuego. Cenamos algo y a casa.

28 de enero

A la Taberna del Cielo, donde Luellin y yo comimos un pecho de carnero para los dos, mientras hablábamos de los cambios que hemos visto y de lo felices que son los que tienen casa propia.

30 de mayo

Hacia las ocho de la mañana, el teniente vino a preguntarme si quería desayunar un plato de caballa recién pescada. Acepté, y el capitán y yo nos la comimos en el coche. Ayer y hoy durante todo el día he sentido un gran dolor al hacer aguas y en la espalda. Me asusté, pero al final resultó que solo había cogido frío la noche anterior.

9 de agosto

Con el auditor general Fowler, el señor Creed y el señor Shepley a la Taberna Renana. Nos acompañó el capitán Hayward, del Plymouth, que tiene la misión de llevar al embajador Winchelsea a Constantinopla. Pasamos un buen rato, y el auditor hizo juramento de lealtad al capitán Hayward. De allí a mi oficina del Sello Privado. Firmados unos papeles, con el señor Moore y el deán Fuller a la Taberna de la Pierna, en King's Street, donde, tras mandar llamar a Beth, comimos muy a gusto. Después de comer, con mi esposa a hacer una visita a la señora Blackbourne. Al hallarse esta en casa, dejé a mi esposa allí y me fui al Sello Privado a despachar unos asuntos. De allí volví a casa de la señora Blackbourne, que nos trató a mi esposa y a mí con gran cortesía y nos ofreció un excelente refrigerio de cuello de ternera, entre otras cosas. Yo tenía la cabeza embotada por haber bebido tanto vino del Rin por la mañana, y más por la tarde en casa de la señora Blackbourne. A mi regreso a casa, me acosté algo indispuesto y estuve enfermo toda la noche.

10 de agosto

Tuve mucho dolor y el vientre suelto toda la noche, así que no pegué ojo. Me levanté molido por la mañana, fui a la oficina y comí en casa. Después de comer, con la espalda muy dolorida, fui en barca a Whitehall, al Sellado Privado. Luego con el señor Moore y Creed en coche a Hyde Park, donde vimos una magnífica carrera pedestre de tres vueltas alrededor del parque.

11 de agosto

Hoy me he levantado sin dolor, lo que me hace pensar que lo de ayer fue solo por haber bebido más de la cuenta el día anterior.

12 de agosto

Día del Señor. A casa de milord, y juntos a la capilla de Whitehall, donde el señor Calamy pronunció un excelente sermón sobre el tema: «A quien mucho se le da, mucho se le exige». Estuvo muy ceremonioso en sus tres reverencias al rey, como hacen otros. Tras el sermón, el capitán Cooke cantó un espléndido motete que gustó mucho al rey. Milord comió en casa de lord Chamberlain y yo en la suya con el señor Shepley. Luego salí a pasear y me encontré con Betty Lane en Westminster Hall. La llevé a casa de milord y la invité a una botella de vino en el jardín. Llegó el señor Fairebrother de Cambridge, nos encontró allí y se puso a beber con nosotros. Después llevé a Betty Lane a mi casa, donde la abordé con entera libertad y ella se prestó. Por la noche, en casa y luego a la de mi padre. Allí encontré al señor Fairebrother, pero no me quedé. De regreso a casa, me pasé por la del señor Rawlinson, donde esperaban a mi hermanastro Wight, que llegó, en efecto, pero tan enfadado (pues se hallaba un poco confuso, creo, porque yo lo encontrara allí) como nunca le he visto antes. Me dejó preocupado. Luego a casa y a la cama.

23 de agosto

A la Cámara del Almirantazgo, donde nos reunimos con el señor Coventry para tratar varios asuntos. Entre otros, se propuso que Phineas Pett (pariente del comisionado), de Chatman, sea suspendido de empleo hasta que responda de unas acusaciones hechas contra él, como la de haber dicho que el rey era un bastardo y su madre una puta. De allí a Westminster Hall, donde me encontré con mi compadre Bowyer y con el señor Spicer. Me los llevé a la Taberna de la Pierna, en King's Street, y los invité a un par de platos. Luego al Sello Privado, donde, al hallarse el rey fuera de la ciudad, llevamos dos días sin nada que hacer. A Westminster Hall, donde me encontré con W. Symons, T. Doling y el señor Booth, y juntos marchamos a la Taberna del Perro. Allí comimos un melón (el primero que pruebo este año) y estuvimos bromeando con W. Symons, llamándolo don Deán, por las tierras eclesiásticas que le había dejado su tío y que probablemente se perderán todas. De allí a casa en barca. Me quedé hasta muy tarde escribiendo cartas a milord, que se halla en Hinchingbrooke, y también al vicealmirante, en la costa de Downs.[1] Luego a la cama.

24 de agosto

Oficina. De allí con sir W. Batten y sir W. Penn a la iglesia parroquial a buscar un lugar donde construir un asiento o galería para sentarse. Al final encontramos uno, que se hará rápidamente. Luego a comer a una taberna de Thames Street, donde se les invitó a una pierna de venado y a otras ricas viandas en buena compañía. De allí al Sello Privado en Whitehall, pero sin nada que hacer. Por la noche en carruaje a casa de mi padre, donde encontré a mi madre algo enferma. Le di una pinta de vino blanco. Llegaron mi padre y el doctor T. Pepys, que habló un buen rato conmigo en francés para pedirme que le busque un puesto. No obstante, me

parece un flojo, y habla el peor francés que he escuchado a alguien que ha pasado tanto tiempo fuera. De allí al cementerio de Saint Paul,[2] donde compré el Argenis de Barkley en latín. Luego a casa y a la cama. En casa descubro que el capitán Bun me había enviado hoy cuatro docenas de botellas de vino. El rey vuelve esta noche a Whitehall.

27 de agosto

Esta mañana vino un tipo con un barril de cerveza de parte del señor Pierce, el sobrecargo, y a continuación otro con una magnífica alfombra turca, un tarro de aceitunas de parte del capitán Cuttance y un par de ricas tórtolas de John Burr para mi esposa. Todo esto llegó hoy en nuestra barcaza. Lo trajo mi antiguo criadito Ely, que vino a verme cuando acabé en la oficina. Le di media corona al ver que iba a echarse a llorar cuando comprendió que yo no podía tomarlo a mi servicio. Por la tarde al Sello Privado, donde tengo trabajo acumulado hasta que acabe el mes. De allí con el señor Mount, Luellin y otros a La Cabeza de Toro, donde me quedé hasta tarde, y luego a casa. Hacia las diez vino a verme el mayor Hart, al que recibí con vino y un plato de anchoas. Me dieron tanta sed que estuve indispuesto toda la noche y tuve que despertar a la criada para que me trajera algo de beber.

21 de septiembre

Volviendo por el río hacia las ocho, vi cómo bajaban [el] cuerpo del duque de Gloucester por las escaleras de Somerset House para llevarlo en barca a Westminster con el fin de que sea enterrado esta noche. Atraqué en el desembarcadero del Viejo Cisne, y de allí a la Taberna del Aro. Según lo acordado, mandé llamar al señor Chaplin, que llegó con Nicholas Osborne y un tal Daniel, y juntos bebimos tres o cuatro litros de un vino excelente. El escanciado del

vino motivó una fuerte riña entre los camareros por ver cuál lo escanciaba mejor. A mi vuelta a casa, me entero de que el criadito (hermano de la criada) ha venido hoy del campo, pero se ha acostado y no he podido verlo. Luego a la cama.

22 de septiembre

Esta mañana mandé subir al criado. Lo encontré guapo y buen mozo, y creo que me agradará. Esta mañana fui por tierra a Westminster con Luellin. Seguimos a pie hasta Fleet Street, donde tomamos nuestra cerveza mañanera y un arenque en vinagre en casa del señor Standing, en Salsbury Court. Entre otras cosas, me cuenta que la linda moza que tanto me gusta, la que vende ropa de niño al principio de Cheapeside, ahora sirve a lady Bennett (famosa meretriz). Esta, fingiendo un desmayo al verla en la tienda, trabó relación con ella y al final consiguió que se acostara con un galán que la había contratado para que le procurase los servicios de esa pobre mujer. A Westminster a ver a milord. Allí vomité el desayuno en el retrete, pues llevaba todo el día con el estómago revuelto por los excesos de anoche.

25 de septiembre

A la oficina, donde estuve reunido un rato con sir W. Batten y con el coronel Slingsby. Sir Richard Ford vino a vernos por un asunto, y nos pusimos a hablar de que a este reino le interesa la paz con España y una guerra con Francia y Holanda, cuestión sobre la que sir R. Ford habló como un hombre discreto y experimentado. Pedí una taza de té (una bebida china que no había probado nunca) y salí. Luego, según lo acordado, vinieron el coronel Birch y sir R. Browne y del muelle de la Torre fuimos a Deptford en la barcaza de la oficina para pagar la soldada a los marineros.

28 de septiembre

Día de oficina. Toda la tarde en casa con los obreros. Trabajé hasta las diez o las once de la noche, les di de beber y me divertí con ellos. Tengo la suerte de encontrar obreros divertidos en todas las ocasiones. Luego a la cama.

29 de septiembre

Todo el día en casa para que los yeseros terminen su sucio trabajo. En verdad la cocina ha quedado tan bonita que no me arrepiento de las molestias que he sufrido para tenerla arreglada. Me cuentan que, ayer u hoy, el príncipe Rupert ha venido a la corte, pero nadie ha salido a recibirlo.

11 de octubre

Por la mañana a casa de milord. Allí me encuentro con el señor Creed. Voy con él y con el señor Blackburne a la Taberna Renana, donde pasamos un buen rato brindando y bebiendo, algo que el señor Blackburne no habría hecho antes de ninguna manera. Cuando terminamos, el señor Creed y yo vamos a almorzar a la Taberna de la Pierna, en King's Street, donde él, mi secretario Will y yo comemos una buena ubre. De allí a pasear a St. James Park, donde observamos el funcionamiento de las diversas máquinas empleadas para extraer agua, un espectáculo que me gustó mucho. En el parque me encontré con el señor Salisbury, que nos llevó al señor Creed y a mí al Reñidero a ver El moro de Venecia, muy bien representada. Burt hacía de Otelo, y una guapa moza que estaba sentada a mi lado gritó al ver a Desdémona morir ahogada.

13 de octubre

A casa de milord por la mañana, donde me encontré al capitán Cuttance. No obstante, como milord todavía no se había levantado, fui a Charing Cross a ver cómo colgaban, arrastraban y descuartizaban —todo lo cual se hizo allí— al general Harrison. Este parecía tan animado como puede estarlo un hombre en su situación. Lo ejecutaron rápidamente y exhibieron su cabeza y su corazón ante la muchedumbre, lo que suscitó grandes gritos de júbilo. Cuentan que dijo que estaba seguro de que muy pronto se hallaría a la derecha de Cristo para juzgar a quienes le habían juzgado, y que su mujer esperaba su regreso. Así pues, la suerte ha querido que yo haya visto decapitar al rey en Whitehall y presenciado la primera sangre derramada en venganza por aquello en Charing Cross. De allí a casa de milord, donde recogí al capitán Cuttance y al señor Shepley y me los llevé a la Taberna del Sol a comer unas ostras.

17 de octubre

Día de oficina. A mediodía vino a verme el señor Creed. Me lo llevé a la Taberna de las Plumas, en Fish Street, donde yo estaba invitado a almorzar por el capitán Cuttance (una comida preparada por el señor Dawes y su hermano). Tomamos dos o tres platos bien aderezados. Su objetivo principal era hacer que me interesara por cierto asunto de un barco que tienen en la Marina, contratado por el rey, en lo cual prometí ayudarles en todo lo que pueda.

22 de octubre

Día de oficina. Después del trabajo, a casa a comer unas costillas asadas traídas de la taberna, algo que últimamente nos hemos visto obligados a hacer, pues nuestra casa estaba siempre tan ocupada por pintores y otras gentes que no hemos podido cocinar. Después de comer, a la residencia de milord, donde encuentro a todo el mundo preparando el viaje por mar de milord para recoger mañana a la reina. Por la noche viene a casa milord y nos quedamos hasta tarde hablando de muchas cosas. Entre otras, obtengo su permiso para encargar una copia de su retrato, pintado por Lilly.

30 de noviembre

Día de oficina. Por la mañana a la oficina, donde sir G. Carteret nos contó que el señor Holland pretendía convencer al Parlamento para aprobar su proyecto de pagar a todos los marineros con un pagaré y, así, promete un interés del ocho por ciento a todos aquellos que les presten dinero mientras estén sin cobrar. Con ello pretende enjugar la deuda que actualmente sufre el reino por falta de liquidez para pagar a los marineros. Esto nos preocupa, pues supone cierto menoscabo para nosotros. Como yo tenía dos barriles de ostras en casa, mandé que trajeran uno y un poco de vino al cuarto interior de la oficina, donde los oficiales principales dieron cuenta de todo aquello. Estuvimos reunidos hasta el mediodía, y después a comer. Por la tarde, más reunión hasta la noche. Una vez en casa, mandé llamar al señor Hater y abrimos el otro barril. Luego nos sentamos a hablar de términos marinos para que yo aprendiera de él. Cuando se marchó, me quedé hasta las doce de la noche terminando las cuentas de milord, como hice la noche anterior, lo que finalmente conseguí. Luego a la cama.

13 de diciembre

Todo el día supervisando a los obreros, que hoy han empezado a

pintar el salón. Mi mujer y lady Batten no llegaron hasta el mediodía. Luego fui a casa de milady, donde estaban sir John Lawson y el capitán Holmes, y allí comimos y bebimos un excelente vino tinto inglés de la propia cosecha de milady.

21 de diciembre

Comí con milady en su casa. Me contó que la princesa está muy enferma y que esta mañana se dijo que había muerto. Sin embargo ella ha oído que se ha casado con el joven Jermyn, lo que es peor que la boda del duque de York con la hija del canciller (que ya es de dominio público). Después de comer pasé toda la tarde en la oficina. A las siete caminé entre el barro hasta Whitehall para ver si milord había vuelto a la ciudad. Lo encontré cenando y me uní a él. Me contó que mi tía de Brampton ha expulsado una piedra de gran tamaño (primera noticia que tengo de su enfermedad) y que no puede quedarle mucho tiempo de vida. Mi tío, al parecer, está muy bien, aunque sigue con muchos dolores. Después de cenar, a casa y a la cama.

22 de diciembre

Toda la mañana con los pintores, que espero que hoy lo dejen todo terminado. A mediodía fui a la Taberna del Sol, en la colina de Fish Street, a una comida organizada por el capitán Teddimans, donde estaban milord Inchiquin (que parece una persona muy gentil), sir W. Penn, el capitán Cuttance y un tal señor Lawrence (un gentil caballero a punto de partir para Argel), y otras buenas gentes. Disfrutamos de una comida excelente, buena música y vino en abundancia. Nos quedamos hasta muy tarde y finalmente sir W. Penn y yo volvimos juntos a casa. Él estaba tan borracho que apenas se sostenía, y tuve que guiarlo por la calle, aunque iba muy contento y animado. Al llegar a casa, vi que los obreros habían

terminado su trabajo y se habían marchado. La cabeza me daba vueltas de tanto vino. Me acosté muy achispado y pasé toda la noche con dolor de cabeza.

25 de diciembre

Día de Navidad. Por la mañana a la iglesia, donde el señor Mills pronunció un sermón excelente. Después a comer en casa, donde mi esposa, mi hermano Tom (que esta mañana vino a ver cómo quedaba puesto el nuevo mantel de mi esposa, que me gusta mucho) y yo comimos una buena paletilla de cordero y un pollo. Después de comer mi esposa y yo volvimos a la iglesia, donde un desconocido pronunció un sermón tan insulso que me dormí. Luego a casa y, antes y después de cenar, estuve practicando con el laúd y leyendo la Historia de Fuller. Así anduve entretenido yo solo en mi habitación hasta las doce de la noche. Luego me acosté.

27 de diciembre

Fui con mi esposa a comer a casa de sir W. Batten, donde había muchos y buenos invitados, y muchas y buenas viandas. Mi esposa, algo indispuesta, se fue a casa, y yo me quedé hasta tarde viéndoles jugar a las cartas. Luego a casa y a la cama. Esta tarde un extraño caballero entró por error en casa del sir W. Batten y se puso a hablar con él. No pudimos librarnos de aquel individuo hasta que sir Arnold Breames, el señor Bens y sir W. Penn le hicieron beber hasta emborracharlo, y así lo despacharon. A mitad de la noche me sentí muy indispuesto, creo que de tanto comer y beber. Tuve que llamar a la criada (a Elizabeth y a mí nos gustó verla correr tan inocente de un lado a otro con su blusón) y vomité en la jofaina. Me volví a dormir, y por la mañana ya estaba muy recuperado, solo que había cogido frío y me dolía al orinar, como me ocurría antes.

[1] Fondeadero en el sur de Inglaterra que servía de base militar. (Todas las notas de la presente edición son del traductor, salvo si se expresa lo contrario).

[2] El cementerio de Saint Paul era conocido por ser el centro librero y editorial de Londres hasta el siglo XVIII.

BOTARGA, PAN, MANTEQUILLA Y

LUZ DE LUNA

1 de enero

Vino a desayunar mi hermano Thomas, y a continuación mi padre, el doctor Thomas Pepys, mi tío Fenner y sus dos hijos (el único hijo de Anthony había muerto por la mañana, pero él tuvo la gentileza de venir y estuvo bastante animado). Les ofrecí un barril de ostras, un plato de lenguas de vaca y otro de anchoas, vino de todas clases y cerveza de Northdown. Lo pasamos muy bien hasta las once, cuando se marcharon. A mediodía fui en coche con mi esposa a casa de mi primo Thomas Pepys, donde comimos con mi padre, el doctor Thomas, el primo Stradwick, Scott y sus respectivas mujeres. Allí conocí a su segunda esposa, que es una mujer muy respetuosa. Pero la comida fue pobre y penosa para un hombre de su condición, puesto que solo consistía en platos vulgares.

2 de enero

Toda la mañana en la oficina. Comí en casa, donde vi que había llegado Pall (mi hermana), pero no la dejé sentarse a la mesa conmigo. Lo hice desde un principio para que no cuente con ello en lo sucesivo. Después de comer, en barca a Westminster, donde encontré a mi compañero Spicer con los demás hombres del Tesoro (a muchos de los cuales no conozco) comiendo en la Taberna de la Pierna. Me di una vuelta por Westminster Hall y compré los discursos del rey y del canciller en la disolución del Parlamento el sábado pasado. Hoy les presté[3] mi espinazo de ternera a sir W. Batten y al capitán Rider para que lo sirvan en la comida de

mañana en Trinity House, donde estarán el duque de Albemarle y el resto de los cofrades, por ser un gran día para leer entera la nueva carta que el rey acaba de otorgarles.

3 de enero

Muy de mañana al Tesoro, donde conté el dinero que allí tengo de milord y el mío propio, que resultó ser novecientas setenta libras. De allí a la Taberna de Will, donde Spicer y yo comimos una pierna de cerdo asada que nos sirvió Will. Después fui al teatro, donde representaban El arbusto del mendigo, que estuvo muy bien. Era la primera vez que veía mujeres en el escenario. De allí a casa de mi padre, donde me dicen que mi madre se ha ido a Brampton con Bird, el cochero, por expreso deseo de mis tíos, pues mi tía está muy grave. Luego a casa.

24 de febrero

Domingo. Por la mañana el señor Mills pronunció el mejor sermón que he oído en mi vida contra la embriaguez. A casa a comer. Otro excelente sermón por la tarde. En la iglesia, Valentine llevaba puestos los guantes que le regalé hoy. Después del sermón, mi mujer y yo hicimos una visita a sir W. Batten y nos quedamos un rato. Luego a casa. Leí un poco, cené y a la cama.

26 de febrero

Martes de Carnaval. Dejo a mi esposa en la cama, pues se halla indispuesta a causa de ceux-là. Voy a casa de la señora Turner, a quien encuentro ocupada junto con Theophila y Joyce preparando

los buñuelos. Luego a casa del señor Crew para llevar el diccionario Cotgrave a lady Jemimah. De allí con el señor Moore a ver a mi primo Tom Pepys. Como él estaba de viaje, hablé con su esposa, pero no del asunto que me había llevado allí, que era pedir prestadas mil libras para milord. De nuevo a casa de la señora Turner, donde estaban comiendo varios amigos, todos desconocidos para mí salvo el señor Armiger. Lo pasamos muy bien y probé los mejores buñuelos que he comido en mi vida. Luego miré por la ventana y vi el tiro al gallo.[4]

27 de febrero

Toda la mañana en la oficina. En el jardín se acercaron a mí el joven señor Powell y el señor Hooke, a quienes conocí en Cambridge. Los hice pasar, les invité a una botella de vino y luego se marcharon. Pedí que trajeran un plato de pescado y eso fue lo que comimos, pues hoy es el primer día de Cuaresma. A ver si soy capaz de respetarla. Hoy los comisarios del Parlamento empiezan a pagar a la flota, empezando por el Hampshire. Lo hacen en Guildhall por miedo a salir de la ciudad y caer en poder de los marineros, que están furiosos con ellos.

23 de abril

Día de la coronación. Me quedé dando vueltas por allí, y al final, subido a uno de los puestos laterales, vi al rey entrar con todas las personas que estaban ayer en la cabalgata, excepto los soldados. Fue un espectáculo magnífico verlos con sus diferentes trajes. El rey entró portando la corona y el cetro, bajo un palio sustentado por seis patas de plata, llevado por los barones de los Cinco Puertos y con campanillas en las puntas. Al cabo de un buen rato el rey llegó al fondo y todos se sentaron en sus mesas correspondientes, lo que también fue digno de ver. Los caballeros de Bath sirvieron el primer

plato al rey y hubo muchas ceremonias de los heraldos, que llevaban a la gente ante él y hacían reverencias. Lord de Albemarle fue a la cocina a probar el primer plato destinado a la mesa del rey. Pero, sobre todo, estaban los tres grandes señores de Northumberland, Suffolk y el duque de Ormond, que llegaron a caballo antes de que se sirvieran los platos y así permanecieron durante toda la comida. Por último, apareció [Dymock], el paladín del rey, a caballo, con armadura y un escudero que portaba su lanza y su escudo. Un heraldo proclamó que si alguien se atrevía a negar que Carlos Estuardo era el legítimo rey de Inglaterra, allí había un paladín que lucharía con él. Dicho esto, arrojó el guante y repitió tres veces la misma operación mientras se acercaba a la mesa del rey. Cuando llegó, el rey brindó por él y le pasó la copa, que era de oro. El caballero la apuró de un trago y se marchó montado a caballo con la copa en la mano. Fui de mesa en mesa para ver a los obispos y a todos los demás mientras comían, lo que disfruté enormemente. En la mesa de milord me encontré a William Howe, que habló a milord en mi favor y me dio cuatro conejos y una gallina. Los cogí, y el señor Creed y yo conseguimos que el señor Michell nos diera un poco de pan, que comimos en una caseta, como hicieron los demás con lo que pudieron encontrar. Disfruté mucho yendo de un lado a otro, mirando a las damas y escuchando música de todo tipo, pero sobre todo los veinticuatro violines. Resulta extraño pensar que ha hecho buen tiempo estos dos últimos días hasta ahora, cuando todo ha terminado y el rey se ha marchado de Westminster Hall, y que después se ha puesto a llover, tronar y relampaguear como yo no he visto en muchos años. La gente le ha dado gran importancia a esto como un signo de la bendición divina, lo cual es una tontería (dar demasiada importancia a esas cosas).

A casa del señor Bowyer, donde hay muchos invitados. A algunos los conozco y a otros no. Nos quedamos en las terrazas y abajo hasta tarde para ver los fuegos artificiales, pero esta noche no ha habido. Solo la City estaba aureolada por la luz de las fogatas. A Axe Yard, donde al final de la calle había tres grandes hogueras y muchos galanes y damas, que nos agarraron y nos hicieron brindar a la salud del rey arrodillados sobre un haz de leña. Eso hicimos, y ellos brindaron a nuestra salud una y otra vez, lo que nos pareció una extraña celebración. Los galanes continuaron así un buen rato,

y me maravilló ver cómo pimplaban las damas. Finalmente mandé a mi mujer y a su compañera de habitación a la cama, y el señor Hunt y yo fuimos con el señor Thornbury (que había provisto de vino a aquella gente, pues es el bodeguero real) a casa de este. Allí bebimos a la salud del rey y nada más, hasta que uno de los caballeros cayó borracho como una cuba y se quedó tumbado vomitando. Fui a casa de milord en bastante buen estado, pero nada más acostarme la cabeza me empezó a dar vueltas y me puse a vomitar. Si alguna vez he estado ebrio ha sido entonces, aunque no puedo asegurarlo, pues me dormí y no desperté hasta la mañana. Solo cuando me levanté vi que estaba cubierto de vómitos. Así terminó el día, con alegría por doquier.

24 de abril

Me desperté por la mañana con la cabeza en un estado lastimoso por la bebida de anoche, de lo que ahora me arrepiento. Me levanté y salí con el señor Creed a tomar nuestro trago mañanero, que él me dio en forma de chocolate para asentar mi estómago.

14 de mayo

Por la tarde vino a verme el señor Shepley para pedirme dinero. Juntos fuimos a La Mitra, donde tomamos un buen vino y jamón curado. Con nosotros estaban mi hermanastro Wight, el señor Talbot y otros, y lo pasamos muy bien. Por la noche a casa y a la cama. Noto que mi cabeza se resiente cuando bebo vino, así que espero poder dejarlo con la ayuda de Dios.

5 de junio

Después de comer a la oficina, donde estuvimos reunidos despachando unos asuntos. Luego sir W. Penn y yo fuimos a casa de sir R. Slingsby a jugar a bolos en su bolera, y allí echamos una buena partida. Luego entramos en su casa y estuvimos bebiendo y charlando. Sir William y yo volvimos a casa y, como hacía mucho calor, cogí la flauta y me puse a tocar en la terraza del jardín. El señor Penn salió en camisa a la suya y estuvimos charlando, cantando, bebiendo vino de Burdeos y comiendo botarga, pan y mantequilla hasta las doce de la noche, pues había luz de la luna. Me acosté casi borracho.

6 de junio

Toda la noche y toda la mañana con dolor de cabeza por los excesos de ayer. Por la mañana me citó el teniente Lambert, nombrado recientemente capitán del Norwich. Juntos bajamos en barco a Greenwich, y durante el viaje observamos y comentamos las cosas propias de un barco. Él me dijo que le preguntara, de lo que saqué buen provecho. Una vez allí, fuimos a comer, beber y escuchar música al Globo, donde una mujer marcaba el compás con una vara mientras sonaba la música, lo cual me parece bastante fácil.

9 de septiembre

Por la mañana al Sello Privado, pero milord no había llegado. Acompañé al capitán Morrice, por deseo suyo, a la cocina privada del rey para ver al señor Sayers, el cocinero real, y allí desayunamos un par de lonchas de ternera. Luego Sayres nos llevó a la bodega, donde a fe que lo pasamos en grande y bebí demasiado vino, y en todo momento el señor Sayres se mostró de lo más atento con nosotros. Bebí tanto que no estaba en condiciones de trabajar, así que a mediodía me di un paseo por Westminster Hall. De allí al teatro de Salisbury Court, donde estrenaban Lástima que sea una

puta, una comedia ramplona y mal representada. No obstante, tuve la suerte de sentarme junto a una dama muy bella e ingeniosa, lo que me agradó mucho.

29 de septiembre

Día del Señor. No sé cómo, en la comida y en la cena bebí tanto vino que casi me emborraché, y he pasado toda la noche con dolor de cabeza. A casa y a la cama sin rezar mis oraciones, algo que no he hecho ningún domingo por la noche desde que llegué a esta casa. Estaba tan borracho que no me atrevía a leer mis oraciones por miedo a que los criados descubrieran mi estado. Luego a la cama.

5 de octubre

En la oficina toda la mañana. Comí en casa, donde me quedé toda la tarde montando el modelo del Royal James que tomé prestado a milord para colgarlo en mi cuarto. Por la noche sir W. Penn y yo fuimos solos al Delfín, donde tomamos arenques ahumados y vino blanco. Llegó sir W. Warren con un amigo y se sentaron un rato con nosotros, y después sir Arnold Brames, que se quedó hasta muy tarde y acabó emborrachándose. A casa, contento de haber logrado colgar el barco esta tarde, y luego a la cama.

17 de octubre

Comí en una taberna con el capitán Lambert. Hablamos mucho de Portugal, de donde acaba de llegar. Me cuenta que es un lugar pobre y sucio (me refiero a la ciudad y a la corte de Lisboa); que el rey es un tipo muy rudo y simplón; que, por insultar a otro hace

poco llamándole cornudo, le habían clavado una espada en sus partes y habría muerto de no haberles dicho que era su rey; que no hay ventanas de cristal, ni piensan tenerlas; que el rey come lo que le sirven doce guardias haraganes, a veces en platos de barro; otras veces solo fruta, y de vez en cuando una gallina; y que la infanta, ahora que se ha convertido en nuestra reina, ha venido a que le sirvan una gallina o un ganso enteros, algo a lo que no está acostumbrada.

19 de octubre

Toda la mañana en la oficina. A mediodía el señor Coventry, que estuvo con nosotros toda la mañana, sir G. Carteret, sir W. Penn y yo fuimos en coche a ver al capitán Marsh, en Limehouse, a una casa que ha pertenecido a su familia desde hace doscientos cincuenta años, muy cerca del horno[5] que da nombre al lugar. Tienen un plan para convencer al rey de que alquile un muelle para albergar los barcos de arenques (que es ahora el gran proyecto). Disfrutamos de una comida espléndida y de un vino excelente.

3 de noviembre

Día del Señor. Hoy no he salido de casa. Tomé una medicina y me hizo efecto. Pasé todo el día leyendo La Guerra Santa de Fuller (que he comprado hace poco) e intentando componer una canción en alabanza a un ingenio liberal (como considero que es el mío) en todos los estudios y placeres, pero como no se me ocurría nada, lo dejé. Por la noche mi esposa y yo cenamos una gallina estofada para los dos. Me alegra ver que podemos permitirnos este tipo de platos. Por la noche a la cama.

4 de noviembre

Como llovía mucho por la mañana, fui en coche con sir W. Penn y con mi esposa a Whitehall. A ella la mandé a casa de la señora Hunt, y nosotros fuimos a tratar un asunto con el señor Coventry. Luego la recogimos, volvimos los tres a casa, y yo fui a La Mitra (regentada por el señor Rawlinson) donde el señor Pierce, el sobrecargo, nos invitó a un magnífico espinazo de ternera y a un plato de huesos con tuétano. El grupo lo formábamos mi hermanastro Wight, el capitán Lambert, un tal capitán Davies, el sobrecargo Barter, el señor Rawlinson y nosotros dos. Lo pasamos muy bien. Después de comer tomé un coche y recogí a mi esposa en casa de mi hermano, donde la había dejado, y fuimos a la Ópera a ver El siervo, que siempre nos ha encantado y nos sigue encantando. Pero esta vez, al ir con tantas expectivas, no nos gustó tanto como la vez anterior en el teatro de Salisbury. No obstante, Betterton nos parece a ambos el mejor actor del mundo. Volvimos en coche y, de camino, hice un alto en casa de mi hermanastro Wight. Luego me reuní con mi esposa en casa, y a la cama.

25 de noviembre

Por la mañana, a Westminster Hall con el capitán Lambert, que nos invitó a mí y a otros amigos a una comida de despedida en El Perro, pues mañana zarpa rumbo al Estrecho. Tomamos ostras y buen vino. Esta mañana me encontré con el señor Sanchy en Westminster Hall y acordamos vernos en la función de esta tarde. A mediodía, al suspenderse la sesión parlamentaria, quedé con sir W. Penn, con el general Massey (que hablando me pareció un hombre de gran ingenio, gran conocedor, entre otras cosas, de los secretos de la pólvora y de los fuegos artificiales), y con otro caballero para comer en la posada del Cisne, en el patio de palacio. Nos trajeron la comida de la Pierna. Después de comer sir W. Penn y yo fuimos al teatro a ver El capitán bobo, una comedia insulsa. Dejé a Penn con sus paisanos irlandeses y marché a la Ópera a ver el último acto de El siervo. Allí me encontré al señor Sanchy y a la señora Mary Archer, hermana de la bella Betty, a la que admiré en Cambridge, y

me los llevé al Vellón en Covent Garden para despedirme de sir W. Penn, que me estaba esperando. El señor Sanchy no pudo convencer de ninguna manera a su dama de que entrase con él en la taberna y se disgustó mucho, así que volvimos rápidamente a la City en coche, paramos a beber algo en La Mitra de Cheapside, y dejamos a Mary Archer en casa de su tío en Old Jewry. Nosotros volvimos y estuvimos bebiendo hasta pasada la medianoche, y yo me emborraché. Sanchy estuvo todo el rato hablándome de sus intenciones de conseguir a esta moza, que vale mil libras.

1 de diciembre

Día del Señor. Hoy hemos cortado una cabeza de jabalí de Winchcombe que ha resultado excelente. También hemos abierto un tarro de pepinillos que el capitán Cocke le dio a mi esposa el otro día y que son deliciosos. Por la noche a la cama.

22 de diciembre

Día del Señor. Por la mañana a la iglesia, donde el cura pronunció un sermón infantil. Comí en casa, donde aproveché que la carne salía negra de la olla para regañar a mi esposa y a las criadas por su dejadez. Me levanté de la mesa y subí a leer el libro de Selden hasta la hora de misa.

26 de diciembre

Esta mañana con sir W. Penn a la oficina del Tesoro, donde pagamos la soldada del Amity y de otro barco, y luego a casa. Después de comer vino a verme sir William, y él, su hijo e hija, mi

esposa y yo fuimos en coche a Moorfields a dar un paseo, pero, como hacía un tiempo horrible, entramos en una taberna a tomar unas empanadas y una cerveza. Una mujer y una niña vinieron con la jarra de Navidad y nos cantaron una canción.[6] Cuando terminaron, llamé a mi criadito (Wayneman) para que viniera a comer una empanada que había sobrado. La posadera nos dijo que él ya había pedido dos empanadas y una jarra de cerveza, lo que me enfureció y me hizo castigarle por ello. Luego a casa. Sir W. Penn y su hijo e hija cenaron conmigo un rico pavo y nos divertimos jugando a las cartas. Luego a la cama.

30 de diciembre

En la oficina a hacer el cálculo [de las deudas]. Luego fui con mi mujer y con sir W. Penn a ver nuestros retratos, que no nos disgustaron. A la vuelta me quedé en La Mitra, donde había invitado a mis viejos amigos del Tesoro a un buen espinazo de ternera, que, junto con tres barriles de ostras, tres gallinas, y mucho vino y alegría, fueron nuestra comida. Éramos unos doce.

[3] Probablemente con la intención de que se lo repusieran.

[4] Juego cruel asociado al Martes de Carnaval, en el que un gallo era atado a un poste y se le lanzaba un palo o bastón hasta que moría.

[5] Limehouse viene de limekiln, «horno de cal», que abundaban por entonces en esa parte de Londres.

[6] Antigua tradición navideña que consiste en llevar la llamada wassail bowl de puerta en puerta mientras se entonan canciones.

OSTRAS HERVIDAS Y UN PAR DE

CARPAS GUISADAS

15 de enero

Esta mañana vino de nuevo el señor Berkenshaw.[7] Cuando me hubo examinado y enseñado algo en mi labor, fuimos a desayunar a mi habitación un redondo de jabalí. Acabado el desayuno, me preguntó si no habíamos cometido una falta al comer hoy, pues me dijo que el Parlamento había decretado que fuera día de ayuno para rezar por que haga un tiempo más propio de esta época. Hasta ahora ha hecho un tiempo tan veraniego, en cuanto al calor y todo lo demás, como si estuviéramos a mediados de mayo o junio, lo que amenaza (como cree todo el mundo) con traer una plaga. Por eso el último invierno y todo el año siguiente ha sido, hasta hoy, una época de muchas enfermedades. No salí de casa en todo el día y estuve estudiando música. Por la noche cené y a la cama.

20 de enero

Esta mañana sir W. Batten y yo nos pusimos a revisar las cuentas del tesorero, las primeras que ha pasado nunca a la oficina. Como eran muy largas, nos tuvieron ocupados hasta el mediodía. Luego a comer los buenos manjares que nos ofreció y que tomamos en casa de sir W. Batten, donde lo pasamos estupendamente. En la mesa estábamos el tesorero y nosotros tres, el señor Wayth, Ferrer, Smith, Turner, el señor Morrice y el vinatero, que dividió los dos barriles, encargados por nosotros cuatro, de jerez y de vino de Cádiz. Puso lo mío en una barrica y llenó la tinaja con dieciocho litros de vino de Málaga. No sé cuánto me costará, pues es la primera vez que

compro tal cantidad de vino. Después de comer, pasé toda la tarde en la oficina hasta que anocheció. Luego a casa, donde mi hermanastro Wight y su esposa Anne vinieron a jugar a las cartas (al gleek, el juego que nos enseñaron a Elizabeth y a mí la semana pasada). Cenamos, echamos la partida y se marcharon. Estudié un poco de música y me acosté a las doce. Hoy los obreros han empezado a hacer una puerta para la bodega en el patio trasero, lo que me pondrá muy contento.

25 de enero

Toda la mañana en casa y en la oficina. Cuando fui al jardín a dar instrucciones al jardinero sobre lo que hay que hacer este año, pues quiero tenerlo bonito, llegó sir W. Penn. Fui con él a comer a Trinity House, donde estaba sir Richard Brown, uno de los miembros del Consejo, muy contrario al proyecto de sir Nicholas Crisp de hacer una gran esclusa en las tierras del rey, cerca de Deptford, que sirva de dique flotante con capacidad para doscientos barcos. Pero, al parecer, hace mucho que el rey dio el terreno a sir Richard. Cuando los hombres de Trinity House hubieron terminado su trabajo, el patrón, sir W. Rider, vino a saludarnos. Luego a almorzar, contentos y locuaces, aunque comí demasiada ternera y me sentó mal. Después de almorzar fui a la oficina y allí, en el jardín, vomité en la oscuridad, lo que alivió mucho mi estómago. De allí con mi mujer a cenar en casa de sir W. Penn. Durante la cena, apareció el señor Moore con cartas de milord Sandwich, en las que decía que seguía en Tánger, aguardando a la flota, que esperamos que ahora tenga una buena travesía hasta allí.

3 de febrero

Tras estudiar un poco de música marché a la oficina, y allí estuve trabajando toda la mañana con los dos sir Williams. A mediodía

almorcé con sir W. Batten y con otros muchos amigos, pues era su aniversario de boda. Entre otras chanzas, al ser su tercer aniversario, sacaron una torta de tres pisos, el mediano de los cuales tenía forma ovalada en un agujero hecho dentro de los otros dos, lo que causó gran regocijo y fue llamada la parte media. Por encima de todo, nos costó lo indecible robar una cucharada. Recuerdo que la señora Mills, la mujer del pastor, logró birlar una y me la dio. Como remate, la señora Shippman llenó con vino blanco la tapa de la torta (que ya contenía al menos un litro) y se lo bebió de un trago a la salud de sir W. y de su esposa. Nunca en mi vida he visto a una mujer pimplar así. Antes de acabar el almuerzo llegó sir G. Carteret, y los tres nos fuimos a la oficina y estuvimos trabajando hasta la noche. Luego volvimos a casa de sir W. Batten, y yo fui con mi esposa y con el resto de las damas a casa del mayor Holmes, donde cenamos espléndidamente. Tomamos, entre otras cosas, unas langostas excelentes, como nunca había comido en esta época del año. El mayor tiene buenos aposentos en Trinity House. Nos quedamos hasta tarde y al final volvimos a casa. Cuando estaba en mi cuarto, escuchamos una gran algazara en casa de sir W. Batten, que estaba arrancando las cintas de milady y las suyas propias. Luego a la cama.

23 de marzo

Esta mañana han traído la elegante librea de mi criado. Es muy bonita, y creo que voy a mantener para siempre el galón negro y oro sobre gris, pues son los colores del escudo de mi familia. A misa por la mañana y luego a casa de sir W. Batten, donde comimos unas estupendas ostras hervidas. De vuelta a casa, estaba yo comiendo con mi esposa cuando me sentí indispuesto y tuve que vomitar las ostras, tras lo cual me sentí mejor. A Whitehall y allí me encontré con el capitán Isham, que había llegado hoy de Lisboa con unas cartas de la reina para el rey. Me dio las cartas, en las que se dice que toda nuestra flota se halla ahora en Lisboa y que la reina no tiene previsto embarcar antes de dos semanas.

24 de marzo

Muy de mañana, sir G. Carteret, los dos sir Williams y yo subimos a bordo del Experiment para despacharlo, pues debe llevar mercancías a las Madeiras con la flota de las Indias occidentales. Allí nos quedamos (sir W. Penn marchó a Deptford en busca de más hombres) charlando, bebiendo y comiendo un rico bacon inglés. Tras poner todo en orden, regresé a casa, donde me encontré a Jane, mi antigua criada, que había venido del campo, y me entraron ganas de volver a contratarla. Poco después llegó la Belle Pierce a ver a mi esposa y a traerle un par de bucles postizos, que ahora están de moda entre las damas. Son bonitos y están hechos con el cabello de mi mujer, pues de otra forma yo no los toleraría. Tras quedarme un buen rato, fui a ver si representaban alguna comedia, pero, al ser Semana Santa, no había ninguna en cartel. A Westminster Hall, donde compré el libro de observaciones de Grant sobre las tasas semanales de mortalidad, que a primera vista me pareció muy juicioso. A la vuelta recogí a mi esposa, que se hallaba en casa de mi hermano Tom, a quien encontré cargado de trabajo, de lo cual me alegro. De allí a la Bolsa y luego a casa. Fui a ver a sir W. Batten y cené en su casa, de pura hambre que tenía por no pedir que me prepararan algo en la mía, cosa que no acostumbro ni acostumbraré a hacer. Luego a casa y a la cama.

26 de marzo

En pie temprano. Hoy se cumplen cuatro años desde que me quitaron la piedra del riñón y, gracias a Dios, me encuentro muy bien de salud y cada vez más recuperado. ¡Alabado sea Dios! Toda la mañana en la oficina y en casa de sir G. Carteret, despachando un asunto. A mediodía llegaron mis invitados: madame Turner, Theophila, mi prima Joyce Norton y un caballero, un tal Lewin, de la guardia personal del rey, quien por ese motivo nos habló de uno de sus compañeros, muerto en duelo esta misma mañana. Les ofrecí una comida excelente: de primero, un par de carpas estofadas, seis

pollos asados y una ventresca de salmón; de segundo, budín de tanaceto, dos lenguas de vaca y queso. Pasamos toda la tarde entretenidos, charlando, cantando y tocando la flauta. Se marcharon por la noche muy contentos. Luego, muy agradablemente, mi esposa y yo paseamos media hora por el jardín, entramos en casa, cenamos y a la cama. Hoy vino un cocinero a preparar la cena y mandamos llamar a Jane para que nos ayudara. Mi esposa y ella han acordado un sueldo de tres libras (Jane no trabajaría por menos) hasta que Elizabeth pueda pagarle más, de modo que se queda con nosotros.

30 de marzo

Domingo de Pascua. Hoy iba yo muy elegante con mi traje negro recién limpio, y mi criadillo, con su viejo traje arreglado, estaba muy guapo. A misa por la mañana. Cenamos una langosta y un cangrejo que Peg Penn le mandó esta tarde a mi mujer, no sabemos por qué motivo. No obstante, en ello hay algún plan o propósito, pues llevamos un tiempo comportándonos de forma bastante distante con ellos. Después de cenar a la cama.

1 de abril

Después de comer, las dos muchachas, mi esposa y yo fuimos al teatro a ver La doncella del molino, una obra excelente […] Hecho esto, las llevé en su coche a Islington, donde, tras un paseo por el campo, las invité a la taberna de La Cabeza del rey. Luego fuimos a su casa y, después de quedarme una hora con mi esposa, volvimos a casa en su coche. Nos acostamos agotados.

22 de abril

Tras despedirme de mi esposa, algo que no hicimos muy cariñosamente debido a su empeño en acompañarme, tomé un coche con sir W. Penn, cruzamos el puente y nos dirigimos a Lambeth. W. Bodham y Tom Hewet iban como secretarios de sir W. Penn, y Will como el mío. Allí comimos un plato de huevos revueltos con mantequilla y nos quedamos hasta que sir G. Carteret llegó de Whitehall acompañado del doctor Clerke, lo que me alegró mucho. Luego marchamos. Disfruté mucho de su compañía y pasamos todo el trayecto entretenidos.

25 de abril

Toda la mañana en Portsmouth, en la oficina de pagos. Luego a comer y otra vez a la oficina de pagos. Por la noche conseguí que el médico durmiera conmigo y disfruté mucho de su compañía. Pero me dolían mucho los ojos, debido a los brindis que me vi obligado a hacer hoy.

11 de mayo

Día del Señor. Por la mañana a la iglesia, donde, al hallarse nuestro pastor de viaje, pronunció el sermón un presbitariano soso y aburrido. Comimos en casa con mi cuñado. Tomamos un buen plato de ternera guisada, muy bien aderezada por Jane, y un trozo de esturión, de un barril que hace poco me envió el capitán Cocke. Por la tarde a Whitehall, donde anduve un par de horas por el parque y vi al rey, ya sin el luto y con una chaqueta ribeteada de oro y plata, que, según comentaron, estaba pasada de moda. De allí al guardarropa real, donde consulté a las damas lo de irnos mañana a Hampton Court. Vuelta a casa y, tras arreglar un asunto allí, mi esposa y yo regresamos al guardarropa, donde dormimos en la

habitación del capitán Ferrer. La cama era tan blanda que no pegué ojo en esta noche calurosa.

25 de mayo

Día del Señor. Me afeité con piedra pómez, como he hecho todos los días esta semana, algo que aprendí del señor Marsh la última vez que estuve en Portsmouth. Lo encuentro muy fácil, rápido y limpio, y seguiré con esta práctica. A la iglesia, donde escuché un buen sermón del señor Woodcocke. Comimos en casa, acompañados del señor Creed. Hoy he probado los primeros guisantes del año.

29 de mayo

Mi esposa, las dos doncellas, el criadillo y yo tomamos una barca hasta Vauxhall, donde hacía tiempo que no iba, a visitar el antiguo Jardín de Primavera […] Luego fuimos a otra taberna, que era una taberna normal, y allí tomamos empanadas, cecina y cerveza. Volvimos a casa en barca, muy contentos. Hoy, al ser el cumpleaños del rey, ha sido un día muy solemne, sobre todo porque la reina llega hoy a Hampton Court. Por la noche se hicieron fogatas, pero nada en comparación con las que había la noche de la coronación. Luego a la cama.

26 de junio

Me levanté y tomé un purgante que me permitiera salir, solo para que me suelte el estómago, porque estoy estreñido. A la oficina, donde pasé toda la mañana hasta el mediodía. Invité al comisionado Pett a comer a casa. Durante la comida se me revolvió

el estómago cuando sirvieron el esturión a la mesa, pues lo vi cubierto de pequeños gusanos, supongo que debido a que el encurtido estaba pasado. Pett se marchó y llegó el señor Nicholson, antiguo compañero mío en el colegio de la Magdalena, y tocamos cuatro o cinco piezas al violín y la viola. Nos despedimos y yo fui a la oficina hasta la noche. Llegaron los señores Shepley y Creed para arreglar unas cuentas de milord. Luego a la cama.

24 de octubre

Tras remolonear placenteramente en la cama, hablando y retozando con mi mujer (pues, gracias a Dios, llevamos ya varios años de feliz matrimonio, y somos cada vez más felices), me levanté y a la oficina. Tras trabajar un poco, fui en barca y luego a pie a Deptford para hablar con el señor Lowly y Davis sobre mi reciente idea de llevar un registro de los diferentes trabajos realizados en los muelles, contra la que no hallé ninguna objeción salvo la ignorancia y el rechazo de ambos a hacer nada que suponga un esfuerzo y se salga de su rutina habitual. Pero a mí me parece una buena idea y la llevaré adelante. De vuelta en casa, comí con mi esposa un rico plato de callos cubiertos con mostaza, por indicación mía, como los he visto hacer en casa de lord Crew. Con esto y con una copa de vino que mandé traer, la comida resultó magnífica.

24 de diciembre

Esta tarde el señor Gauden me ha mandado en previsión para la Navidad un gran espinazo de ternera y tres docenas de lenguas. Le di cinco chelines al hombre que lo trajo y media corona a los mozos de cuerda. También hoy, el sacristán trajo la tasa general de mortalidad, que me ha costado otra media corona.

25 de diciembre

Día del Señor […] Volví caminando con gran placer a casa, y allí comí muy contento con mi esposa junto a la cabecera de su cama. Tomé gallina asada y un estupendo plato de gachas con ciruelas, y encargué un pastel de fruta, pues mi esposa aún no se encuentra del todo bien para hacerlo ella. Después de comer estuve hablando un buen rato con Elizabeth, pues estaba menos dolorida. Fui a ver un momento a sir W. Penn y luego a la oficina, donde disfruté yo solo practicando aritmética hasta las once de la noche. Volví a casa, cené y me acosté.

26 de diciembre

En pie. Mi esposa se pasó todo el día preparando los pasteles de Navidad, pues ya se encuentra bastante recuperada. Yo fui a varios sitios para arreglar unos asuntos. Entre otras cosas, compré un pan en el mercado de Newgate y lo hice enviar a casa. Me costó dieciséis chelines. Luego fui al guardarropa. Llegó el señor Batterby y nos pusimos a hablar de un nuevo libro satírico en verso titulado Hudibras. Me entraron ganas de comprarlo y lo encontré en el Temple. Me costó dos chelines con seis peniques. Pero cuando empecé a leerlo, resultó ser un vituperio tan necio del caballero presbiteriano que va a la guerra, que sentí vergüenza. Al rato fui a comer a casa del señor Townsend y se lo vendí por dieciocho peniques.

■

[7] Profesor de música de Pepys.

ANGUILAS, PATOS Y PASTEL DE CARNE

13 de enero

Mi pobre esposa se levantó a las cinco de la mañana, antes de que amaneciera, se fue al mercado y compró pollos y otras muchas cosas para la comida, con las que quedé encantado. El espinazo de ternera también estaba hecho antes de las seis, y mi espetón, del que tenía mis dudas, lo ha transportado muy bien. Cuando todo estuvo preparado y llegó el cocinero, salí para la oficina, donde estuvimos reunidos hasta el mediodía. Luego nos despedimos y yo me fui a casa, donde al poco rato llegaron todos mis invitados: el doctor Clerke, su esposa, su hermana, una prima, el señor Pierce y su esposa. Después de unas ostras, les ofrecí, de primer plato, un guiso de conejo y cordero y un delicioso espinazo de ternera; a continuación, una gran fuente de pollo asado, que me costó unos treinta chelines, y un pastel; y, por último, fruta y queso. La comida fue espléndida y abundante. La casa estaba muy limpia y ordenada y en el cuarto de abajo ardía un buen fuego. En el comedor de arriba, en mi habitación (convertida en salón) y en la de mi esposa también ardía una buena chimenea. Mi nueva mesa me pareció muy adecuada y albergará sin problema a nueve o diez invitados, o a ocho muy holgados. Después de comer, las mujeres se fueron a jugar a las cartas a la habitación de mi esposa y el doctor [y] el señor Pierce a la mía, porque en el comedor se forma humo si no utilizo carbón de leña, y hoy no me lo han traído. Por la noche cenamos fiambre y un ponche de vino y leche, y despedí a mis invitados hacia las diez de la noche, tanto ellos como yo muy contentos con el plan de hoy. Su compañía, desde luego, ha sido muy grata y la señora Clerke, una dama muy bella e ingeniosa, aunque un poco engreída y presuntuosa. Me acosté agotado. Creo que el banquete de hoy me va a costar unas cinco libras.

15 de enero

En pie y a la oficina a preparar unas cosas. El señor Coventry y yo estuvimos reunidos hasta el mediodía y luego lo invité a comer, pues yo tenía un ganso salvaje asado, espinazo de ternera y un barril de ostras. Comimos solos en mi habitación, y luego nos cambiamos de ropa para montar a caballo, pues él había traído uno para mí. Fuimos a Deptford por caminos muy embarrados. Una vez allí, recorrimos el astillero y el dique flotante y cumplimos nuestro cometido principal: revisar los registros de tareas, que, creemos, no serán muy útiles.

19 de enero

En coche a casa del señor Povy, cuya invitación me trajo esta mañana un mensajero. En verdad nos ofreció una comida opípara y excelente, digna de admiración. Nos propuso un juego: que pidiéramos lo que se nos ocurriera y él se encargaría de traerlo. Así lo hicimos; pedimos gambas, cisne y venado después de que yo creyera casi terminado el almuerzo, y él los hizo traer inmediatamente, lo que me pareció una cantidad enorme. Parece hallar sosiego en esta abundancia y en la decoración de su casa, que me enseñó habitación por habitación después de comer. Estaba repleta de finas pinturas, entre las que destacaba un trampantojo en el armario del salón de abajo. El establo, donde había varios caballos soberbios, tenía hasta rejas pintadas, pesebres, una cisterna impecable, pintada y de plomo, y las paredes de azulejos, como mis chimeneas. Pero sobre todo me insistió en que bajara a la bodega, donde en varios estantes había botellas de vino de todas clases, jóvenes y añejos, con la etiqueta pegada en cada botella, y en tal orden y abundancia como nunca he visto con los libros de ninguna librería. Como vi que aquello era lo que más le enorgullecía, me puse a elogiar todos sus bienes, elogios, en cualquier caso, más que merecidos.

11 de febrero

Me puse una lavativa por la mañana y me levanté por la tarde. Mi esposa y yo comimos un pollo. Comí con ganas, porque no había tomado nada desde el domingo, salvo gachas con agua y ponche de leche. He de decir que nuestra nueva criada, Mary, ha hecho muy bien su trabajo. Me ha atendido con prontitud y discreción, lo que me place.

15 de febrero

Día del Señor. Mandé a Will a misa y yo me quedé en casa colgando en mi despacho verde el cuadro del soberano y ordenando unas cosas. Luego mi mujer y yo comimos tres patos y dos cercetas. A la iglesia, donde escuchamos un sermón aburrido, y vuelta a casa.

19 de marzo

Me levanté temprano y fui solo en barca a Woolwich, donde encontré a casi todos los oficiales acostados. Me di una vuelta por allí y estuve preguntando cómo iban todos los asuntos. Al rato fui a casa del secretario real, donde comí un poco de su estupenda cecina de jabalí jamaicano, y luego caminé hasta Greenwich. Deane me acompañó parte del camino, y me habló de la soberbia y la corrupción de casi todos sus compañeros, los oficiales del muelle, lo cual me creo. Luego a Deptford, donde hice lo propio para gran satisfacción mía. A mediodía el señor Wayth me invitó a comer a su casa. Allí vi a su esposa (una bella mujer) y tomé un pescado excelente. Después de comer, Wayth y yo caminamos hasta Redriffe, hablando de varios errores de la Marina. Aprendí mucho

de aquello y me alegró que me hubiera acompañado. Volví a casa en barca, y enseguida a la oficina, donde estuve hasta casi las nueve de la noche. Después de hacer mi trabajo, escribir cartas, etc., volví a casa, cené y me acosté, rendido e irritado porque no encuentro a nadie tan dispuesto a resolver los asuntos como yo, cuando me he tomado verdaderas molestias por ver lo que falta y conviene hacer en los muelles.

4 de abril

Me levanté temprano y a la oficina. A comer a casa, donde al poco rato llegaron Roger Pepys, la señora Turner, su hija, Joyce Norton y una joven, hija del coronel Cocke, mi hermanastro Wight, su mujer y la señora Anne Wight, porque hoy yo celebraba, en vez de haberlo hecho hace unos días, la extracción de mi piedra del riñón, por lo que doy gracias a Dios. Lo pasamos en grande antes, durante y después del banquete, más aún cuando la comida estuvo magníficamente aderezada por nuestra única cocinera. Tomamos fricandó de conejo y pollo, pierna de carnero cocida, tres carpas, una gran fuente con medio cordero, pichones asados, cuatro langostas, tres tortas, empanada de lamprea (una empanada de lo más singular), un plato de anchoas y buenos vinos de varios tipos, todo ello espléndido y muy a mi gusto. Después de comer fuimos a Hyde Park. Allí estaba el rey, y en otro coche milady Castlemaine, saludándose cada vez que se cruzaban. Nos quedamos cerca de una hora y, tras dejar a todos de camino, volvimos a casa. La encontramos tan limpia como si nada se hubiera celebrado hoy en ella, por lo que le dimos a la cocinera doce peniques cada uno.

17 de abril

Me levanté a las cinco de la mañana, como llevo haciendo desde hace mucho, y pasé toda la mañana en la oficina. A mediodía fui a

comer a casa, donde nos acompañó mi padre. La comida, al ser Viernes Santo, consistió únicamente en sopa de pan y pescado. Es la única vez que hemos comido de vigilia en toda la Cuaresma. Por la mañana el señor Hunt, el lutier, me llevó a casa la viola para ver si me gustaba, pero no la encontré de mi agrado. Además, estoy dudando si haría bien en comprar una nueva o no por no estropear mi actual dedicación y amor al trabajo.

8 de julio

Como anoche estaba agotado y me acosté tarde, he dormido hasta las siete. Estaba lloviendo a cántaros y, por desgracia, así ha continuado todo el día. No sé lo que va a pasar este año con el maíz, pues apenas hemos tenido dos días buenos en muchos meses. En pie y a la oficina, donde estuve ocupado toda la mañana. A mediodía volví a casa y comí yo solo un buen plato de anguilas que me había traído Michell, el fabricante de banderas. Luego toqué un poco la viola, bajé a la bodega, y estuve de aquí para allá con el señor Turner mirando dónde podía ampliar él la cueva de la letrina, o hacerse otra, lo cual me parece lo más probable. Vuelta a la oficina, donde estuve muy ocupado todo el día poniendo las cosas en orden, revisando los libros de contratos y preparando la próxima sesión. Por la tarde recibí cartas de fuera de la ciudad, entre ellas de mi esposa, que escribe con tanta frialdad que me preocupa. Me temo que me costará mucho hacer que recupere su buen humor habitual. A casa a cenar y practicar un poco de música, que es el único placer que me permito últimamente, o es conveniente que me permita, mientras otros gastan demasiado tiempo y dinero. Al entrar me encontré con sir W. Batten y me quedé hablando con él, al hallarse mi esposa en el campo. Encargué unas langostas y la señora Turner trajo un delicioso pastel de ciervo recién salido de su horno y unos excelentes licores hechos por ella misma (en eso es una experta). Volví a casa contento con el refrigerio de esa anoche.

18 de julio

En pie y a la oficina, donde pasé toda la mañana. Sir J. Minnes y yo trabajamos algo, pero muy poco. Comí algo en casa y salí a varios sitios, como a ver a mi librero y finalmente a Westminster Hall, donde esperaba recoger unas gorgueras hechas por la señora Lane. Esta llegó al poco rato y, puesto que mis gorgueras aún no estaban listas, nos fuimos los dos en coche a La Corona. Comimos allí (un pollo que encargué), bebimos y lo pasamos muy bien, y tuve entera libertad para manosearla y hacer todo lo que quisiera salvo lo último de todo.

24 de julio

A casa del señor Bland, donde estábamos invitados a comer el señor Povy, Gauden y yo. La comida fue excelente y abundante, pero, aunque había muchas y buenas bebidas, solo tomé cerveza ligera y agua. De esta última bebí tanta que espero que no me haga daño.

6 de octubre

Dormí muy bien. Hacia las cuatro, mi esposa se levantó a tocar la campanilla para avisar a las criadas de que vinieran a ayudarnos con el aseo. Los dos nos enfadamos porque la campanilla no las despertó antes, así que compraré una más grande. Nos dormimos de nuevo hasta las ocho. A mediodía vino a verme Lewellin. Salí con él y con Deane, nos encontramos con mi tío Thomas y comimos juntos, pero, para mi enfado, al ser día de colada, no había comida hecha. Así que encargué comida de fuera, pero mis criados tuvieron las pocas luces de traerla en los platos marcados con el nombre de la taberna, por lo que, si mis invitados se fijaban, podían adivinar que no era comida hecha en casa. Notando que empezaba a tener flatulencias, como antes, y que me costaba orinar, tomé [por la

noche] un par de pastillas que me había dado el señor Hollyard.

13 de octubre

Reglas para mi salud:

• Empezar a mantenerme lo más caliente posible.

• Forzar lo menos posible al ir de vientre, recordando que el dolor vendrá poco después, aunque mientras evacúo no lo sienta.

• Ya sea mediante un purgante, una lavativa, o ambos, ventosear y lograr una deposición fácil y abundante.

• Sospechar que algo no va bien en cuanto empiece a estar estreñido, mantenerme suelto como sea y conseguirlo al poco de notar síntomas de lo contrario.

29 de octubre

En pie. Hoy es la recepción de sir Anthony Bateman, el alcalde mayor. Esta mañana me trajeron a casa mi nueva chaqueta de terciopelo, mejor dicho, forrada con terciopelo y con buen paño por fuera. Es la primera que he tenido en mi vida, y pido a Dios que no sea demasiado pronto para empezar a ponérmela. Mandé que la trajeran hoy con idea de llevarla en la comida, pero pensé que sería mejor salir sin ella debido a la muchedumbre, así que no me la puse. Mientras me vestía, vi que me faltaba una gorguera y descubrí que todas las que acababan de limpiar estaban tan mal planchadas que las estrujé y tiré al suelo. Me enfadé con Jane, lo que dejó muy triste a la pobre chica y a mí luego me hizo sentir muy mal. A mediodía me puse en camino, marché en coche a Guild Hall (paré un momento para hacer de vientre en casa del señor Rawlinson) y allí me dejaron entrar. Me encontré al señor Proby (hijo de sir R.

Ford) y al teniente coronel Baron, comandante de la ciudad, y dimos una vuelta para ver las mesas. Debajo de cada salero había un menú y, al final de cada mesa, los nombres de las personas que en ella debían sentarse. Había muchas mesas, pero ninguna en todo el Hall, excepto la del alcalde y los caballeros del Consejo Privado, tenía servilletas ni cuchillos, lo que resultaba muy raro. Fuimos a la bodega y allí nos quedamos charlando antes de volver al Hall. Se sirvió vino y ellos bebieron. Yo solo bebí un poco de hipocrás, con lo cual no rompo mi promesa, pues, hasta donde yo sé, se trata de un combinado y no lleva vino. Que Dios me perdone si me equivoco, pero creo y espero que no sea así. Al rato vi a Creed y entramos con los demás en los diversos patios, donde vimos las mesas preparadas para las damas, jueces y obispos. Todo indicaba el gran banquete que iba a celebrarse. Poco después, hacia la una, antes de que llegara el alcalde mayor, entraron en el Hall, desde la sala a la que los habían llevado previamente, el lord canciller (precedido del obispo) con los caballeros del Concejo y otros obispos, y se sentaron a la mesa. Enseguida llegó el alcalde mayor, que se acercó hasta donde estaban los caballeros y luego a las otras mesas para dar la bienvenida, y todos se sentaron a la mesa. Yo me senté junto a Proby, Baron y Creed en la mesa de los comerciantes extranjeros, donde nos sirvieron una comida de diez platos y vino en abundancia de todas clases, de los que no probé ninguno. Sin embargo, fue muy desagradable que no tuviéramos servilletas ni nos cambiaran los platos, y tener que beber en jarras de barro y comer en platos de madera. Resultó que, cuando los caballeros iban por la mitad de la comida, el embajador de Francia fue a su mesa, en la que debía haberse sentado, pero, al encontrarla puesta, no quiso sentarse ni cenar con el alcalde mayor, que aún no había llegado, ni tener una mesa para él solo, como se le ofreció, y se marchó de nuevo muy descontento. Cuando terminé de comer, Creed y yo nos levantamos, dimos una vuelta por el edificio, subimos al cuarto de las damas y allí nos quedamos observándolas. Había muchas y muy elegantes, tanto jóvenes como mayores, pero no pude divisar ninguna cara bonita, lo que me extrañó. Me esperaba algo de música, pero no hubo ninguna, salvo unas trompetas y tambores que me desagradaron. La comida, al parecer, de momento está organizada por el Alcalde y dos jueces. El alcalde mayor paga una mitad y los otros la otra. Según Proby, se estima que la cuenta asciende a lo sumo a unas setecientas u ochocientas

libras. Cansados de mirar a un grupo de mujeres feas, Creed y yo nos marchamos, tomamos un coche y atravesamos Cheapside, donde vimos las celebraciones, que eran muy estúpidas. De allí al Temple, donde nos encontramos a Greatorex, y nos fuimos los tres a las Columnas de Hércules para que nos enseñara su proyecto de drenar los pantanos. Yo estaba muy interesado en conocerlo, pero no me convenció mucho mientras lo explicaba, y sospecho que fracasará.

17 de noviembre

[…] A casa, pues había llegado el señor Hollyard. Tuve una larga conversación con él sobre mi enfermedad. Me volvió a decir que debo tomar gachas por la mañana y, por la noche, manzanas asadas; que tengo que beber de vez en cuando cerveza con el vino y comer pan, mantequilla y miel (y pan de centeno si puedo tolerarlo, pues es laxante). Además, debo ponerme una vez por semana la lavativa que me recetó, solo que ahora, de vez en cuando, miel en vez de mantequilla, cosas en las que estoy decidido a aplicarme. Cuando se marchó, volví a la oficina a trabajar un poco y de nuevo a casa para cenar y acostarme, algo dolorido, creo, por haber bebido cerveza fría y haber estado en una sala fría de la taberna.

29 de noviembre

Día del Señor. […] Comimos un buen boeuf à la mode, pero no tan bien aderezado como suele hacerlo mi esposa. Después de comer fui a la iglesia francesa, pero, como estaba muy empezada, volví a St. Dunstan, cerca de casa. Escuché un buen sermón y a casa.

11 de diciembre

Al café, donde, entre otras cosas, estuve hablando un buen rato con un comerciante de hierro, que me contó el gran desánimo que está cundiendo en la industria inglesa de este producto al permitirse que Suecia introduzca en nuestro país tres veces más hierro que nunca, lo que supondrá el fin de nuestras fundiciones, como ya ocurre, según dijo, con casi la mitad de ellas. Luego estuve con el señor Harrington y con unos comerciantes de la Compañía Báltica. Hablando de la región de Kaliningrado y sus alrededores, Harrington nos contó que nadie allí, ni el más pobre diablo, compra el pescado muerto, sino que ha de estar vivo a menos que sea invierno. Luego los comerciantes nos contaron la manera de echar las redes en el agua a través de agujeros hechos en la espesa capa de hielo. Extienden una red de casi un kilómetro de largo, y Harrington ha visto ciento treinta o ciento setenta barriles de pescado sacados de una tacada. La gente va con trineos sobre el hielo, con nieve en la parte de abajo, mete allí los peces, los cubre con nieve y así los lleva al mercado. Él había visto esos peces congelados en el trineo, de forma que, al coger uno, lo había roto en pedazos de lo duro que estaba. Pero esos mismos peces, una vez sacados de la nieve y llevados a un cuarto caliente, revivían y empezaban a saltar de aquí para allá. Las golondrinas a menudo son llevadas en sus nidos desde el fango que hay debajo del agua, colgando juntas de alguna rama, muertas y en hileras, y, al acercarlas al fuego, reviven. El regidor Barker dijo que había comprado aves muertas en diciembre y que, al ponerlas en la caja bajo su trineo, se olvidó de sacarlas para comerlas hasta el siguiente abril, y entonces las encontraron allí tan frescas y tiernas, pese al frío, como cuando las mataron. También hay osos jóvenes, cuya carne se vende en el mercado tan comúnmente como aquí la ternera y es una carne tierna y excelente. Nos contaron que allí los lobos nunca hieren a nadie, sino que huyen de uno a menos que se los persiga y ataque, pero que son muy dañinos. El señor Harrington nos contó cómo hacen ellos para conseguir la miel que exportan. Vacían un abeto grande, dejando tan solo una pequeña hendidura vertical. Luego la vuelven a cerrar, dejando únicamente un pequeño agujero por donde entran las abejas, que llenan los troncos de esos árboles con tanta cera y miel como pueden contener. De tanto en tanto los lugareños abren la hendidura y cogen lo que quieren sin

matar a las abejas, y así las dejan vivir y seguir produciendo. Los abetos siempre se plantan cerca unos de otros, para que juntos se protejan de la fuerza del viento. Y cuando cae alguno, plantan aquí y allá algún árbol crecido para preservar a los nuevos que están brotando. El pasatiempo y deporte favorito del duque de Curlandia es la caza, en la que no usan perros, como nosotros, sino que el duque designa tal día y convoca a toda la gente de la región como para una campaña militar, los divide en grupos, asigna a cada uno su circuito y todos acuerdan un sitio donde se han de poner las redes. Cada grupo enciende antorchas mientras avanza, y así ahuyenta a las bestias salvajes —ya sean osos, lobos, zorros, jabalís, ciervos o corzos— hasta la red, donde los nobles tienen sus tiendas en tal o cual lugar y disparan a lo que se les antoja, y en eso consiste su caza.

12 de diciembre

Esta mañana hubo una gran discusión entre el señor Gauden, despensero de la Marina, sir J. Lawson y el resto de los comandantes que zarpaban para Argel, sobre su provisión de pescado y la observancia de la Cuaresma. El señor Gauden insiste en que debe respetarse, porque es lo único que compensa las pérdidas de su costoso negocio durante el resto del año.

21 de diciembre

Guiándome por los carteles pegados en las paredes, fui al callejón del Zapato a ver una pelea de gallos en un nuevo reñidero que hay allí, un espectáculo al que no he asistido nunca. ¡Dios santo! ¡Ver esa extraña mezcla de gentes, desde un parlamentario (llamado Weld, que fue vicegobernador de la Torre de Londres cuando Robinson era alcalde mayor), a los más pobres aprendices, panaderos, cerveceros, carreteros y gente así, todos juntos, jurando,

maldiciendo y apostando! Pronto me cansé de aquello, y sin embargo me gustó verlo solo una vez, pues resulta extraño observar la naturaleza de esos pobres animales, cómo pelean hasta caer muertos sobre la mesa y atacar después de entregar el alma, sin intención de huir cuando están agotados o demasiado heridos para hacer nada más. Mientras que un gallo común, tras un fuerte picotazo que lo perfora, sale corriendo del escenario y entonces le retuercen el pescuezo sin más.

UNA EMPANADA PARA UN VELATORIO Y

UNA BUENA ASADURA DE CERDO

1 de enero

Me acosté contento entre las cuatro y las cinco de la mañana, y dormí hasta cerca de las ocho, cuando mucha gente vino a hablar conmigo. Como íbamos a comer en casa de mi hermanastro Wight, fui a la taberna tras mandar a mi esposa con Will. Allí me quedé hablando una hora con el coronel Middleton y otros, entre otras cosas, de una dama muy rica, joven y hermosa, viuda de un tal sir Nicholas Gold, un comerciante fallecido recientemente, y de los ilustres cortesanos que ya velan por ella cuando su esposo no lleva muerto ni una semana. La fortuna de la viuda se estima en ochenta mil libras. De allí a casa de mi hermanastro Wight, donde, entre otros, estaban comiendo el doctor [Burnet] y su esposa, una mujer superficial, orgullosa y engreída. No sé cómo tratarla. Me gustó mucho lo que dijo el doctor sobre la enfermedad de la piedra en el riñón, sobre todo su elogio de la trementina, que, según me dijo, se puede tomar fácilmente en pastillas. Sirvieron una empanada caliente hecha con el cisne que les mandé ayer y que me había dado el señor Howe, pero no la probamos. Mi esposa y yo nos levantamos de la mesa con la excusa de atender unos asuntos y fuimos a La Casa del Duque. Es la primera vez que voy al teatro en seis meses, de acuerdo con mi última promesa. Allí vimos la muy elogiada Enrique VIII, que, pese a que yo iba predispuesto a que me gustara, es algo tan simple y hecho de tantos retales que, aparte de los números y procesiones que contiene, no hay en ella nada bueno ni bien hecho. De allí, muy descontento, volvimos por la noche a casa de mi hermanastro Wight y cenamos con ellos, aunque se me revolvió el estómago al ver las manos de mi cuñada. La cena terminó con unas risas (las mayores que he echado en muchos meses) al ver a mi hermanastro fuera de sí después de cenar. Nos

levantamos, nos despedimos y mi esposa y yo fuimos a casa a acostarnos, pues teníamos sueño desde anoche.

12 de enero

En pie y a la oficina, donde pasé toda la mañana. A mediodía, un rato en la Bolsa y luego a casa a dejar todo listo para el almuerzo. Enseguida llegaron mi hermanastro Wight y su esposa, con sus parientes Mary y Robert, y, por casualidad, mi tío Thomas Pepys. Comimos muy bien. De plato principal, un cisne asado cuya carne era excelente. Estuvimos muy animados durante el almuerzo y todo el día. Después de comer jugamos a las cartas hasta la tarde. Luego fui un rato a la oficina y de nuevo a jugar a las cartas con ellos. Perdí media corona.

11 de febrero

Una vez levantado, y después de una charla muy agradable con mi esposa, fui a la oficina, donde pasé toda la mañana y resolví muchos asuntos, con algunos de los cuales quedé muy satisfecho, pues suponían triunfar sobre sir W. Batten en beneficio del rey. A mediodía a casa, donde mi esposa y yo comimos los dos solos un cerdo excelente. A mediodía el señor Falconer vino a ver a Elizabeth y le trajo un regalo por el favor que le hice el otro día: una taza con tapa de plata que valdrá tres o cuatro libras. No se quedó a comer conmigo. Casi lamento el regalo, pues habría preferido que nos invitara a Woolwich en verano.

27 de febrero

Me levanté cansado y salí para la oficina, donde pasé toda la mañana. Antes de salir vino a verme la esposa de Bagwell para interceder por su marido. La encontré muy hermosa y le acaricié el cuello, pero no me atreví a proponerle nada irrespetuoso, pues creo que es una mujer muy recatada. A mediodía, con el señor Coventry a la Compañía Real Africana y otra vez al asunto de lord Peterborough. Luego a comer, pero antes tomamos las mejores ostras que he visto este año, y me parecieron tan buenas en todos los sentidos como las mejores que haya probado nunca. Comí un montón.

10 de marzo

En pie y a la oficina, donde pasé toda la mañana trabajando. A mediodía a la Bolsa, donde estuve muy ocupado. Luego a casa, a comer con mi esposa una buena asadura de cerdo, una pieza de carne que me encanta pero que creo no haber comido en siete años.

18 de marzo

Me levanté temprano y fui caminando a casa de mi hermano, donde pasé un buen rato arreglando las cosas para después. Luego desayuné en casa de madame Turner. De allí a la zapatería de Wotton a embetunarme las suelas para el funeral. Luego a casa de mi hermano y a la iglesia, donde, con el sepulturero, elegí un lugar para enterrar a mi hermano, justo debajo del banco de mi madre. ¡Ay, ver las tumbas de los hombres en manos de un tipo semejante, que por seis peniques, como él mismo dijo, «los apretujará para hacerle sitio», hablando de lo llena que estaba la fila central donde iba a reposar mi hermano! Añadió que por mi padre tendría la máxima deferencia con mi hermano muerto, lo que consistía en mover otros cuerpos no muy descompuestos para hacerle hueco. Me sorprendió su forma de hablar, como si ahora estuviera en su mano

tener o no una deferencia con alguien. A mediodía llegó mi esposa, a pesar de sus dolores, pero, como yo tenía que regresar a casa, se fue conmigo. Allí me cambié, y lo mismo hizo Besse, y otra vez a casa de mi hermano. Aunque la gente estaba invitada, como es costumbre, para la una o las dos, no se presentaron hasta las cuatro o las cinco. Finalmente fueron llegando uno tras otro muchos más invitados de los que yo esperaba. Había calculado ciento veinte, pero creo que habría unos ciento cincuenta. El servicio incluía seis galletas para cada uno y todo el vino especiado que quisieran. Mi prima Joyce Norton guardó el vino y los pasteles arriba y los repartió a los camareros, que llevaban unos guantes blancos que se les habían entregado previamente. Pero, sobre todo, estoy en deuda con la señora Holden, que fue muy generosa y se tomó el enorme trabajo no solo de dejar preparada la casa y todo lo demás, sino de no parar en todo el día de hoy para comprobar que la casa estaba bien servida y abastecida, para gran satisfacción mía y creo que también de los invitados. Los hombres se acomodaron en unas habitaciones y las mujeres en otras, muy juntos pero con espacio suficiente. Luego a la iglesia. Fuimos por la calle hasta el Conducto, y luego cruzamos formando un buen cortejo fúnebre. Al llegar a la tumba que describí anteriormente, el reverendo Holden, ministro de la parroquia, leyó el oficio fúnebre y acto seguido vi cómo enterraban a mi pobre hermano. Luego nos separamos, y mi esposa y yo fuimos con madame Turner y su familia a casa de mi hermano, donde al poco rato nos pusimos a comer un barril de ostras, torta y queso del señor Honiwood en compañía de este, abajo en su cuarto, pues estábamos demasiado alegres para una situación tan triste. ¡Dios santo, pensar que el mundo se olvida de uno apenas una hora después de haber muerto! Sin duda debo culparme, porque, aunque al ver morir a mi hermano sentí verdadero dolor por un tiempo, al poco rato y desde entonces he sentido muy poca pena por él. Al cabo de un rato, como se estaba haciendo tarde, dejé más o menos arregladas las cosas de la casa y llevé a casa en coche a mi esposa y a Besse, que hoy me ha hecho un gran servicio limpiando, preparándolo todo y sirviendo el vino y lo demás. Desde luego es una joven alegre y fiel, y yo la quiero mucho. Luego, tras pasar por la oficina para escribir los sucesos de hoy, a casa a cenar y acostarme.

8 de abril

En pie temprano y a la oficina. Al cabo de un rato empezó a hacer bueno, después del chaparrón de esta mañana. A Deptford en barca con sir W. Batten. De camino, pasamos a ver a su hijo Castle. Ni este ni yo hicimos alusión a la carta que me escribió el otro día. Tras dar una vuelta por el muelle, sir W. Batten y yo fuimos al asilo de pobres a ver el nuevo edificio que, con cierta ambición, está construyendo allí mientras es oficial general de Trinity House […]. A comer a casa, donde disfruté de una excelente comida de Viernes Santo consistente en sopa de guisantes y tarta de manzana. Pasé toda la tarde en la oficina preparando un nuevo libro para mis contratos. Por la tarde llegaron a casa los globos terráqueos de la oficina, que están hechos muy a mi gusto. Por la noche, una pequeña visita a sir W. Penn, que lleva un par de días con su viejo dolor, un paseo por el jardín con mi esposa, un rato en la oficina y a casa, a tomar la única cena de bizcochos y cerveza que he hecho durante la Cuaresma.

11 de junio

En pie y a la oficina, donde pasé toda la mañana. Se produjo una discusión entre sir G. Carteret y el señor Coventry, lo cual me hace pensar que se espera algo parecido a una guerra. Comí con el señor y después de la comida fui en coche a recoger a mi esposa solo para tomar el aire, que estaba muy cálido y agradable, a Bowe, Old Ford y de allí a Hackey, donde nos apeamos, jugamos al tejo, comimos nata y cerezas, y volvimos a casa en medio de ese frescor agradable. De allí a la oficina, donde me enfadé con el capitán Taylor por el retraso en bajar el barco que contraté para Tánger. Me quedé hasta tarde en la oficina, por este y otros asuntos. Luego a casa, a cenar y a la cama.

15-16 de junio

Me levanté y, según lo acordado, fui con el capitán Witham (el que trajo la noticia del desastre de Tánger en el que mataron a lord Tiviott) y con el señor Tooker al Muelle de la Cerveza. Allí, y más tarde en los diversos graneros, vimos varias sacas de avena. Nos extrañó enterarnos de que se calentará si se almacena sin haber madurado y no se voltea a menudo. No llegamos a ningún acuerdo, pero sí conseguimos que nos rebajaran unas sacas. Nos marchamos prometiendo devolverlas. A mediodía llegó por casualidad el señor Creed y poco después las tres jóvenes damas, y disfrutamos mucho de nuestra empanada, muy bien horneada, y de una buena fuente de pollos asados, guisantes, langostas y fresas. Después de comer jugamos a las cartas y a eso de las cinco bajamos en barco hasta Greenwich, subimos a lo alto de la colina y allí jugamos a las cartas sentados en el suelo. Luego fuimos al Jardín de los Cerezos y por el río, cantando armoniosamente, al Puente de Londres, donde desembarcamos y al rato tomé otro barco para Somerset House.

2 de julio

En pie y a la oficina, donde pasé toda la mañana. A mediodía a la Bolsa, donde, cosa rara, no vi a nadie a quien pudiera invitar a casa a comer mi empanada de venado, salvo al señor Alsopp y al señor Lanyon, a quienes convidé anoche, y a un amigo que trajeron con ellos. Fuimos a casa y, además de la empanada, disfrutamos de otras ricas viandas y de una buena conversación. Después de comer nos pusimos a hablar del avituallamiento de la guarnición de Tánger. Acepté el precio que me daban por todas las provisiones. Espero organizarlo de tal forma que ellos y yo podamos conseguir algo con ello, lo cual me complace mucho, pues espero poder conseguirlo noble y honradamente en beneficio del rey.

3 de julio

Día del Señor. Me levanté y me arreglé. Pasé toda la mañana en mi cuarto revisando y arreglando unos asuntos de Brampton.[8] A mediodía comimos los restos del venado de ayer y un par de ricos gansos jóvenes, que tuvimos que acabarnos por miedo a que se estropearan. Después de comer, me encerré a trabajar y, contento y aliviado, acabé antes del atardecer. Luego me levanté y pasé el final de la tarde paseando y charlando con mi esposa, y todo el tiempo estuvieron cayendo rayos y truenos. Dicen que este año ha sido el más tormentoso que se recuerda y, según parece, lo mismo ha ocurrido en Francia y en todos sitios. Luego a rezar y a la cama.

26 de julio

Toda la mañana en la oficina. A mediodía fuimos a casa de Anthony Joyce para celebrar el bautizo de su hijo. Yo le había enviado una docena y media de botellas de vino, además de pagar nuestra parte, que asciende a dieciocho chelines. Lo pasamos muy bien y, cuando las mujeres se levantaron de la mesa, yo subí con ellas (el único hombre en el grupo), y me puse a hablar de que no lograba tener hijos. Les rogué que me dieran su opinión y consejo, y ellas, libre y alegremente, me hicieron estas diez recomendaciones: (1) No abrazar a mi esposa demasiado fuerte ni demasiado a menudo. (2) No cenar tarde. (3) Beber jugo de salvia. (4) Vino tinto y caliente. (5) Llevar calzones anchos. (6) Mantener el estómago caliente y la espalda fresca. (7) Respecto a mi pregunta de si era mejor hacerlo por la noche o por la mañana, me respondieron que ni lo uno ni lo otro, sino cuando más nos apetezca. (8) Que mi mujer no sea demasiado puritana. (9) Que yo beba azúcar y cerveza de trigo. (10) La señora Ward me dijo que cambie de postura. Formularon muy seriamente la tercera, cuarta, sexta, séptima y décima como reglas que debían respetarse, sobre todo la última: tumbarnos con la cabeza a la altura de los talones o, por lo menos, que la cama tenga el pie alto y el cabecero bajo. Lo pasamos muy bien, y yo disfruté

cuanto pude en tan triste compañía. Hablamos mucho de la pelea de ayer en Moorefield, en la que los carniceros empezaron venciendo a los tejedores (entre ambos existe una vieja rivalidad por la supremacía), pero finalmente estos se repusieron y los derrotaron. Al principio los carniceros tumbaron a los tejedores que llevaban delantales verdes o azules, hasta que estos se vieron obligados a quitárselos y ponérselos en las calzas. Finalmente, los carniceros tuvieron que quitarse las mangas para no ser reconocidos y fueron expulsados del campo de batalla, algunos gravemente heridos o magullados, hasta que al final vencieron los tejedores al grito de: «¡Cien libras por un carnicero!». Por la tarde fui a ver un microscopio en la tienda del señor Reeve, que había estado conmigo por la mañana, y elegí uno que voy a comprarme. En el camino de vuelta recogí a la joven señora Harman, una mujer refinada y alegre que podría gustarme, a pesar de no ser hermosa, por su persona, su porte y sus ojos negros. Por el camino me encontré a su marido, que iba a buscarla, y dejé a ambos en casa. Después de un rato en la oficina, cené y me acosté.

5 de septiembre

[…] A la Bolsa, donde estuve un rato, y luego a comer a casa. W. Bowyer vino y se quedó a comer con nosotros. Fue extraño ver que no podía soportar la salsa de cebolla que acompañaba el cordero. Se quedó abatido solo de verla y no pudo comer más que un par de huevos. Nos contó que la señora Lane está deshecha por haberse casado tan mal y que desea hablar conmigo, lo cual, como sé bien, tiene por único objeto conseguir que yo haga algo por dar a su marido un puesto para el que no está en absoluto capacitado.

■

[8] Pueblo donde se hallaba una casa familiar de los Pepys.

EL ALMUERZO MÁS MÍSERO, MEZQUINO Y GROSERO

1 de enero

Día del Señor. Me quedé un buen rato en la cama, pues anoche anduve atareado hasta tarde. Al final me levanté y a la oficina, donde estuve ordenando mis cuentas y papeles para comprobar mis ganancias y gastos en el último año. Pues bien, hoy he dividido mis gastos para ver lo que me han supuesto la ropa y cada cosa, es decir, todas las ramas de gastos. A mediodía almorzamos una buena empanada de venado y un pavo los dos solos, pues no habíamos invitado a nadie, algo infrecuente en una familia pequeña y de mi clase, pero eso hicimos y lo pasamos muy bien. Tras el almuerzo volví a la oficina, donde me quedé solo revisando mis cuentas hasta muy tarde, aunque todavía no he conseguido ponerlas en orden. Lo encuentro muy complicado, pese al cuidado que pongo todo el año en guardar las cosas con el máximo orden posible. Pasadas las once volví a casa, cené y a la cama.

7 de julio

En pie y, tras poner a trabajar a mi vecino el señor Hudson, el tonelero, para que sacara ciento sesenta litros de vino con el fin de enviar una parte a mi esposa, salí pensando que Dios ha tenido a bien ponerme en tal estado que, en este momento, tengo trescientos veinte litros de clarete, doscientos treinta litros de vino de Canarias, un tonel más pequeño de vino de Jerez, un tonel de tinto, otro de vino de Málaga y otro de vino blanco, todos juntos en mi bodega. Creo que ninguno de mis amigos de mi rango ha tenido nunca tal cantidad.

13 de julio

Dormí hasta tarde, pues tenía sueño, me levanté y a la oficina, adonde lord Brunker había vuelto tras su enfermedad. Despaché el trabajo que había y, tarde por la noche, fui por el río a casa de sir G. Carteret, pero, como no había remeros para llevarme, tuve que llamar a uno que ya tenía a un caballero en su barca y que resultó ser un amante de la música. Los dos nos pasamos todo el trayecto cantando, lo cual fue muy agradable y una casualidad extraordinaria. Llegué a la hora de comer, pero ellos ya habían almorzado. No obstante, la esposa de Carteret mandó que me trajeran algo y almorcé muy bien y muy contento, sobre todo cuando lady Slaning y yo comimos nata y pan moreno, que a ella le gusta tanto como a mí. Tras hablar largo rato con ellos y a solas con milady, mi esposa (que había acordado reunirse allí conmigo) y yo nos despedimos. Vi a mi esposa un poco distante, y me preocupa que esta ausencia nos haga sentir un poco extraños en vez de más cariñosos. Nos separamos, yo fui a casa a revisar unas cartas y luego me acosté. Esta semana ha habido más de setecientos muertos por la plaga.

13 de septiembre

Me levanté y fui a pie a Greenwich, disfrutando de andar con el reloj en la mano, con el que ahora puedo medir las distancias del trayecto entre Woolwich y Greenwich. Vi que una y otra vez volvía en dos minutos al mismo lugar después de cada cuarto de hora. Allí nos citamos en casa del capitán Cocke, donde comimos unas ostras. Luego milord Bruncker, sir J. Mennes y yo tomamos una barca y fuimos en el coche de milord a casa de sir W. Hickess, donde al poco rato llegaron lady Batten y sir William. Es una buena casa, con una bonita arboleda al lado y los restos de un buen jardín, pero está tan abandonada, tanto la casa como todo lo que hay dentro y

alrededor de ella, tan mal amueblada y descuidada como no he visto otra en mi vida, igual que el pestillo de la puerta del comedor, que no servía para nada. El viento, que soplaba en el cuarto al no haber pestillo, tiró un gran jarrón de flores que estaba sobre la mesa auxiliar, el cual cayó sobre unos cristales de Venecia causando un destrozo por valor de una corona. Sir Hickess nos ofreció un almuerzo miserable: paletilla de ternera y entrañas de venado que afana al guardabosques de Epping, y unos pocos pichones, todo ello de la forma más mísera y grosera que he visto en mi vida. Tras el almuerzo, los oficiales de la Marina nos retiramos a leer unas cartas y a revisar unos asuntos, y volvimos más tarde. Solo me gustó un excelente retrato de la reina madre cuando era joven, obra de Van Dyck. Un cuadro magnífico y un rostro dulce y encantador.

15 de septiembre

En pie. Hacía una mañana fría y brumosa. Fui en barca a la oficina, donde estuve muy ocupado con varios asuntos. A mediodía vino Marlow, el mensajero, a traerme un trozo de pan, mantequilla, queso y una botella de cerveza normal y otra de malta, así que no salí de la oficina y eso comí, con mi criadillo Tom, mientras el resto de mis empleados se iban a comer a casa. Luego vuelta al trabajo, y al rato mandé al barquero a ver cómo se encontraba sir W. Warren, que está enfermo y por quien tengo motivos para entristecerme, pues es el amigo que más me ha favorecido en Inglaterra, exceptuando al rey. A su regreso, el barquero me dijo que sir W. se encuentra muy recuperado y que padece una fiebre intermitente. En barca a Deptford con intención de ver a mi amada, pero no pude, así que regresé. Luego a la oficina a trabajar un poco, y con el capitán Cocke a tomar un trago (que debo permitirme durante la plaga, por consejo de todos y no en contra de mi promesa, al haber muerto mi médico y estar ausente el cirujano, cuyo consejo me veo obligado a seguir). A casa en barca, a cenar y a la cama, sufriendo al pensar qué voy a hacer este invierno, pues no puedo ir todos los días a Woolwich sin poner mi vida en peligro, y no es apropiado estar sin mi esposa en Greenwich.

24 de septiembre

Día del Señor. Me desperté, me levanté, bebí algo y a escuchar el sermón. Como estábamos cerca de Grays y hacía una mañana extrañamente apacible, tomamos una barcaza hasta donde estaban los pescadores y compramos un montón de excelente pescado. De allí a Gravesend, a la taberna de White, donde encargamos que nos prepararan una parte. Entretanto, caminamos dos kilómetros fuera de la ciudad y regresamos. Allí, después del desayuno, uno de los barqueros nos dijo que se había enterado de una buena oferta de clavo para nosotros. Fuimos a una oscura taberna en el extremo más alejado de la ciudad a ver a un par de sucios y míseros marineros que, pobres diablos, habían juntado unos quince kilos de clavo y cinco de nuez moscada. Se los compramos, aquel a cinco chelines y seis peniques el medio kilo y esta a cuatro chelines, y se lo pagamos en oro. ¡Señor, era digno de ver cómo esos hombres malvendían aquello y qué fácil era convencerles de que aceptasen casi cualquier cosa! Nos ofrecieron una bolsa de clavo que teóricamente pesaba diez kilos pero que resultó pesar veinticinco. Sin embargo, mi conciencia nunca me habría permitido engañar a esos pobres diablos, que nos contaron con cuánto riesgo habían conseguido un poco de mercancía y pagué un precio alto por el resto de aquellos productos. Comimos hacia las tres de la tarde. Luego estuve en el camarote redactando los últimos siete días de mi diario, muy contento de que Dios haya querido que, en este triste tiempo de plaga, todo lo demás se haya conjurado para mi felicidad y disfrute, más en los últimos tres meses que en cualquier otro periodo tan breve de mi vida. Quiera Dios que todo siga así y yo le dé gracias.

21 de diciembre

En la oficina toda la mañana. A mediodía comimos todos en casa del capitán Cocke un rico espinazo de ternera y otras buenas

viandas, aunque, al estar todo helado, no se había terminado de asar. No obstante, lo pasamos muy bien y nos preparamos una rica fuente de pollos. Allí estaba el señor Evelyn de muy buen humor. La tarde transcurrió muy agradablemente hasta la noche, cuando me despedí de ellos y fui a la oficina a escribir unas cartas. Volví a casa con muchos asuntos en la cabeza y cierta preocupación por haber permitido que mis cuentas lleguen a este punto. No obstante, esta noche he hecho la promesa de no beber vino y demás, y otros castigos similares hasta que se hayan aprobado mis cuentas y esté todo en regla. Ya en casa, cuando me disponía a acostarme, el criadillo me dijo que su hermana, la señora Daniel, me había preparado una cena de pajarillos que había matado su marido. Le pedí que cenara conmigo y, acabada la cena, estuvimos solos un buen rato y tuve el placer de besar sus labios. Es una mujer hermosa, y no he visto otra a quien una gran tripa le siente mejor. Cuando se marchó me acosté. Hoy vino a verme la señora Burrows de Westminster, viuda del (recientemente fallecido) teniente Burrows, una mujer muy bella y una vieja conocida mía. Le robé uno o dos besos, pues es muy recatada.

IMPEDIR QUE SE PIERDA EL PARMESANO

14 de enero

Día del Señor. Me quedé un buen rato en la cama, hasta que me levantó el señor Penny, mi nuevo sastre, que vino a traer mi nueva chaqueta de terciopelo, muy elegante aunque sencilla, y mañana traerá mi capa de camelote. Cuando se marchó, revisé mis papeles para dejarlo todo en orden y me hice la promesa de terminar mi diario y otras cosas antes de besar a ninguna mujer o de beber vino, aunque mañana no tendré más remedio que catarlo si voy a Greenwich, porque el señor Boreman me ha invitado a oír cantar a la señora Knipp. Me gustaría ir, porque será divertido. A mediodía comí el segundo de los dos cisnes que nos mandó el señor Shepley como regalo de año nuevo. Luego estuve enfrascado todo el día en las cuentas de Tánger.

15 de enero

Estuve atareado toda la mañana en mi cuarto con mi viejo traje de paño, mientras el sastre arregla el que suelo llevar. Me lo trajeron al mediodía, junto con la respuesta a una carta que había enviado por la mañana a la señora Pierce para que nos acompañe a mí y a mi esposa a Greenwich esta noche, invitados por el señor Boreman a divertirnos, bailar y cantar con la señora Knipp. Tras cambiarme y almorzar, tomé un coche a la nueva casa de la señora Pierce, en Covent Garden, una casa y un lugar magníficos. De allí la llevé a mi casa, y luego en barca por la noche a casa de Boreman, donde sufrí la mayor decepción de mi vida. Había mucha gente, se iba a servir una rica cena y todos iban con expectativas de pasarlo en grande, pero se quedaron con las ganas por el capricho de la señora Knipp.

Aunque ella había elegido esa noche, nadie, ni siquiera su marido, logró que se presentara. No obstante, como algo agradable en medio de mi enfado, al preguntarle yo a su marido, mientras esperábamos que alguno de nuestros muchos mensajeros trajera una respuesta, si creía que su esposa vendría o no vendría, él me respondió que no sabía qué pensar. Al cabo de un rato nos sentamos todos a cenar, presididos por el necio anfitrión, pero, teniendo en cuenta mi mal humor y la mala calidad de los platos, resultó ser la peor cena que he comido en mi vida. Al final, muy tarde y acabada la cena, apareció la señora Knipp en ropa de casa. La única alegría que me deparó aquello fue que, una vez terminado todo, sin canciones (o muy pocas) ni baile, Pierce y yo nos acostamos en la misma cama, los dos muy jocosos al ver las pequeñas y finas sábanas que nos dieron para cubrirnos, por lo que tuvimos que acostarnos con medias y calzones y dejar las chaquetas y toda nuestra ropa encima de la cama. Luego nos dormimos.

17 de marzo

En pie y a terminar mi diario, pues ayer no tenía la cabeza lo bastante lúcida para hacerlo. De allí a la oficina, donde estuve ocupado toda la mañana. Comí en casa a mediodía, y a continuación fui con mi esposa al estudio de Hayls, donde sigo encantado con el retrato de Elizabeth. Le pagué catorce libras por él y veinticinco chelines por el marco, y no me parece nada caro para un retrato tan bueno. Todavía no está terminado ni seco para poder llevárnoslo a casa. Hoy empecé a posar, y creo que Hayls me hará un retrato excelente. Me ha prometido que será tan bueno como el de mi esposa. Posé para que lo llene de sombras, y casi me rompí el cuello al girarlo para adoptar la postura en la que quiere pintarme. De allí a casa y a la oficina. Volví a casa con un fuerte catarro. Mi esposa y la señora Barbary también están muy resfriadas, y no nos explicamos cómo hemos podido cogerlo los tres. Nos acostamos después de tomar cerveza de mantequilla. Hoy llegó W. Hewer de Porstmouth y me contó otra granujada de sir W. Penn, quien escribió al comisionado Middleton que fue negligencia mía que el otro día no estuviera enterado, tal como ordenó el Consejo, de que

nuestros empleados iban a ir a la oficina de pagos. Pero no necesito nuevos argumentos para saber que es un falso y un bribón conmigo y con todos los demás.

8 de mayo

En pie y a la oficina, donde pasé toda la mañana. Comí en casa a mediodía (mi esposa sigue con la mejilla hinchada). Después de comer volví a la oficina, donde se presentó el señor Downing, el herrero que hace las anclas, que me había dado cincuenta monedas de oro el mes pasado con el fin de que lo recomendase a sir W. Coventry para un puesto en Deptford. Pero después de que yo había logrado que se lo concedieran, él no se consideró en condiciones de continuar y lo dejó pasar, con lo que no se ha beneficiado de mi petición. Así que, por mi honor y conciencia, lo llevé a casa y, aunque muy a mi pesar, pero de buen grado y a la fuerza, le obligué a coger nuevamente el dinero, pues el pobre hombre no quería aceptarlo. Pero le forcé a hacerlo, y se marchó. Me alegra haberle dado un motivo para hablar bien de mí. De nuevo a la oficina hasta tarde y a casa, a cenar una rica langosta con mi esposa. Luego otro rato en la oficina y a la cama.

13 de junio

En coche con Balty al estudio de Hayls (pues se cumplían siete días desde que yo hice mis últimas promesas, según las cuales soy libre para incumplir cualquiera de ellas al séptimo día, después de haberlas respetado en los seis días anteriores). Allí vi empezado el retrato de mi padre, para gran satisfacción mía, pues me alegra mucho pensar que voy a tener su retrato tan bien pintado. Mi padre, además de ser mi padre y una persona que me quiere y siempre me ha querido, es uno de los hombres más prudentes e inocentes del mundo. De allí muy contento a casa y, de camino,

compré en el mercado un par de langostas. Al llegar a casa resultó que mi esposa y mi padre ya habían comido y que se iban a posar al estudio de Hayls, así que Balty y yo comimos solos. Mientras yo bendecía la mesa, pidiendo a Dios una bendición para aquellas criaturas suyas, me acordé de las langostas y exclamé: «¡Santo cielo!». Balty me miró sin comprender, creyendo en un primer momento que yo solo me refería a que había bendecido la mesa después y no antes de comer, pero cuando exclamé: «¿Qué ha sido de mis langostas?», él salió corriendo detrás del coche, pero no pudo alcanzarlo y regresó. Durante la comida nos reímos mucho pensando en la sorpresa que me llevé.

6 de agosto

[…] me enteré también por la señora Sarah Daniel de que Greenwich está ahora mucho peor que nunca, al igual que Deptford, y nos dijo que creían que toda la población iba a abandonar la ciudad y venirse a Londres, que ahora recibe a toda la gente de los sitios infectados. ¡Que Dios nos ayude! Luego a comer. Después de la comida vino la señora Knipp y, como yo estaba en la oficina, la llevé a casa y allí estuve hablando con ella. Es la primera vez que viene desde que dio a luz. Estuve muy atento con ella, pero noté que a mi esposa no le agradó su presencia ni mis atenciones hacia ella. No obstante, estuvimos charlando y cantando, y lo pasamos muy bien. Al poco rato llegaron el señor Pierce y su esposa, que también es la primera vez que viene desde que dio a luz. Ambas parieron varones y los dos nacieron muertos. Estuvimos charlando animadamente, excepto mi mujer, malhumorada por mis atenciones hacia las dos, por lo que disfrutamos poco de su visita. No obstante, Knipp y yo estuvimos cantando, y luego me ofrecí a llevarlas a casa acompañado de mi esposa, pero ella no quiso ir. Salí con ellas, dejando a Elizabeth con un humor de perros y muy displicente con los invitados, lo que me enfadó. Sin embargo, yo no consentí en ser descortés, así que llamé un coche y marché con ellas. En el trayecto, al decir Knipp que había venido a vernos sin haber comido, las llevé a Old Fish Street, a la misma posada y al mismo salón donde había celebrado mi banquete de bodas y al que no había vuelto desde

entonces. Allí las invité a una carrillera de salmón y a lo que quisieran tomar.

14 de agosto

Día de Acción de Gracias. En pie. El señor Foley y su ayudante vinieron a traerme una caja con un gran surtido de herramientas de carpintería que le había encargado y que me gustó mucho, aunque compraré más. Luego salí para la taberna del Viejo Cisne, donde paré y estuve besando a Betty Michell. Me la habría llevado conmigo a Westminster, pero la encontré algo más fría de lo habitual, o eso me pareció, lo que me molestó. Así que me fui, no muy contento, a la capilla de Whitehall, donde escuché un fragmento del sermón del deán de Westminster y un himno especial en presencia del rey, después de un sermón. Luego a casa en coche con el capitán Cocke, que anda muy preocupado por su cáñamo, del que dice que ha traído grandes cantidades y por el que le gustaría estar en buenas relaciones con nosotros, en lo que prometí ayudarle. Luego fuimos rápidamente a la Bolsa, donde apenas dimos un par de vueltas, pues actualmente no es un lugar agradable para estar, por tener que responder a preguntas que allí se hacen y que no puedo contestar. Luego a comer a casa. Después de comer, con mi esposa y con Mercer al Jardín del Oso, donde creo no haber estado en muchos años. Allí vi una pelea entre perros y un toro. Es un espectáculo burdo y repugnante. Había muchos soldados bravucones en nuestro palco y uno de ellos, muy apuesto, entró en el foso para apostar por su perro (lo cual es una extraña diversión para un caballero), y allí estuvieron bebiendo vino y brindando primeramente a la salud de Mercer, por la que yo brindé quitándome el sombrero.

2 de septiembre

Día del Señor. Como anoche algunas de las criadas se quedaron levantadas hasta tarde ultimando los preparativos para el banquete de hoy, Jane nos levantó hacia las tres de la mañana para avisarnos del gran incendio que se veía en la City […]. Fui, con el corazón en un puño, a ver al lugarteniente de la Torre, que me dijo que el incendio se había iniciado por la mañana en casa del panadero del rey, en Pudding Lane, y que ya había incendiado la iglesia de San Magnus y casi toda Fish Street. Bajé al muelle, tomé una barca, crucé el puente, y allí vi un terrible incendio.

3 de septiembre

Hacia las cuatro de la mañana, milady Batten me mandó un carro para llevar todo el dinero, la vajilla y mis bienes más valiosos a casa de sir W. Rider en Bethnal Green. Y eso hice, montado en el carro con mi camisón. ¡Dios mío, qué espectáculo! Todas las calles y caminos estaban abarrotados de gente corriendo, subiendo y bajando de los carros como fuera para llevarse cosas […] Por la noche me eché un rato sobre una colcha de W. Hewer en la oficina (al estar mis cosas empaquetadas o desaparecidas) y mi pobre esposa hizo lo propio. Nos hemos alimentado de los restos del almuerzo de ayer, pues no tenemos fuego ni platos ni oportunidad de preparar nada.

4 de septiembre

En pie al alba para cargar el resto de mis cosas, lo que hice en una gabarra en las escaleras que bajan del muelle de Irongate. Contaba con tan pocos hombres que hasta la tarde no pudimos llevárnoslo todo. Con sir W. Penn a Tower Street, donde vimos el fuego ardiendo a tres o cuatro puertas de la del señor Howell, cuyos enseres, (¡pobre hombre!), bandejas, platos, palas, etc., fueron arrojados por toda Tower Street a los canales. La gente se afanaba

de una punta a otra de la calle, mientras el fuego llegaba a ese angosto pasaje por ambos lados con infinita furia. Sir W. Batten, no sabiendo cómo llevarse el vino, cavó un hoyo en el jardín y lo dejó allí, y yo aproveché para enterrar todos mis papeles de la oficina, pues no veía otra forma de conservarlos. Al caer la tarde sir W. Penn y yo cavamos otro hoyo y metimos en él nuestro vino, mi queso parmesano y algunas cosas más […] Por la noche, la señora Turner (que, pobre mujer, estuvo sacando sus bienes y cosas de valor al jardín, no sabiendo qué hacer con ellas) y su marido cenaron con mi esposa y conmigo en la oficina una paletilla de cordero de la taberna, sin servilletas ni nada, de forma humilde pero contentos. No obstante, cuando salíamos de vez en cuando al jardín, la imagen pavorosa del cielo, todo incendiado de noche, bastaba para aterrorizarnos. Era una visión ciertamente espantosa, pues parecía venir hacia nosotros y que el cielo entero estuviera en llamas.

28 de noviembre

En pie y con sir W. Penn a Whitehall. De camino dejamos a su esposa e hija en una mercería de la calle Strand, donde iban a gastar algo de dinero. A pesar del fuerte viento y de la lluvia, el duque de York se había ido de caza, así que nuestro esfuerzo resultó en vano y regresamos. Fui en simón a varios sitios con el fin de dejarlo todo listo para la comida, y luego a casa, donde hice lo propio para gran satisfacción mía. A mediodía vinieron milord Hinchingbrooke, sir Thomas Crew, el señor John Crew, el señor Carteret y Brisband. Les convidé a seis ricos platos, preparados por un cocinero, los cuales elogié, como ciertamente merecían, por estar magníficamente aderezados. Comimos con gran placer, y yo disfruté de aquello mientras reflexionaba sobre los placeres que puedo esperar en el mejor de los casos, aunque no superarán este: comer en vajilla de plata y todas las cosas tan finas y hermosas a mi alrededor.

UNA PANZADA DE LECHE Y LA MEJOR TARTA DE QUESO

4 de enero

Me levanté y, viendo que todo estaba dispuesto para la comida de hoy en mi casa, fui un rato a la oficina. Volví a mediodía, y vi que todo estaba bien organizado. Pronto llegaron los invitados: milord Bruncker, sir W. Penn, su esposa, Peg, y su criado, el señor Lowder, milady Batten (sir W. Batten se vio obligado a comer en casa de sir R. Ford, que le había invitado), el señor Turner y su esposa. Había sitio de sobra para diez, y mi mesa no habría albergado cómodamente más comensales de haber venido sir J. Mennes (que padece una cojera), su hermana, su sobrina y sir W. Batten. Fue una alegría para mí estar sin ellos. Los dejé admirados al verse servidos tan finamente en vajilla de plata. Ciertamente fue una comida espléndida, y de siete platos. Disfruté mucho e hice que todos disfrutaran, y ellos quedaron muy complacidos. Milord Bruncker se marchó después de comer a la oficina de pagos y el resto se quedó. Solo milady Batten se fue a casa tras sufrir uno de sus accesos de fiebre en la mesa. Los demás disfrutamos mucho jugando a las cartas, cantando y charlando. Por la noche cenamos, jugamos a las cartas y, por último, tomamos una jarra de cerveza y zumo de manzana que bebimos en una copa de madera como si fuera sidra y que nos alegró a todos. Todos estaban admirados de mi vajilla de plata, especialmente de las jarras (que desde luego son muy finas), y se fueron tarde a casa, creo que muy contentos y satisfechos, igual que yo de ver todo lo que tengo y de que, en cuanto a finura y abundancia, supero largamente cualquier cosa que ellos hagan. Cuando se marcharon, me fui muy contento a la cama. He observado que el señor Lowder es un caballero muy apuesto, creo que demasiado bueno para Peg. Por cierto, Peg Penn parece estar de lo más amable conmigo, creo que por consejo de su padre, que

también lo está. Él no me pareció ni un poco afligido al ver mi abundancia, y sí muy agitado al escuchar la canción que canté, «La nueva bufonada», pues le concernía directamente. Luego a la cama.

20 de marzo

Con sir W. Batten y J. Mennes a la sacristía de la iglesia para ser evaluados según el nuevo impuesto de capitación, en el que figuro como caballero. Por el cargo que ocupo, el total ascenderá a unas cincuenta libras —no más de lo que esperaba ni tanto como debería pagar por todos mis cargos—, conque me alegraré si salgo así librado. De allí volví en barca a Whitehall y en el Parlamento me contaron las últimas noticias que han llegado, según las cuales el enemigo se muestra de nuevo inclinado a la paz, pero no pude enterarme de ningún detalle, así que no me lo creo. De allí a Westminster Hall, donde vi a Betty Michell y le compré un par de guantes, pues tiene que quedarse en la tienda al estar su madre enferma y su padre cobrando el impuesto. Yo l'aimais de tout mi corazón.[9] Por eso me he pasado todo el día meditando sobre los mauvais amours que me alegran. Volví a casa en barca. Al ver que mi esposa se había ido, me fui a almorzar con sir W. Batten. Comimos un buen abadejo y empanada de arenque, un almuerzo excelente, el mejor que he probado de ese tipo. Después de comer, fui en coche al Temple para comprar un par de libritos. Es curioso lo del tratado de Rycaut sobre los turcos. Antes del incendio solo me pedían ocho chelines por él, pero, al quemarse todos los ejemplares salvo veintidós o así, ahora ofrezco veinte chelines y el librero me pide cincuenta. Creo que se los pagaré, aunque solo sea como un monumento al incendio. Luego a casa y un rato a la oficina, donde me encontré una carta triste de mi hermano, en la que me cuenta que los médicos han desahuciado a mi madre y que mi padre no levanta cabeza, así que me temo un desenlace inesperado. Dios nos dé fuerzas a ellos y a nosotros para afrontarlo. Luego a casa de sir W. Penn, donde estaba mi esposa. Cenamos con pocas pero algunas risas, y la cena resultó repugnante, lo que me impide querer a esa familia. Lo hacen todo de forma tan mísera que merecen que monte un numerito a sus espaldas. De allí a casa y a la

cama, muy preocupado por la salud de mis padres.

12 de mayo

Día del Señor. En pie y a mi cuarto para arreglar unas cuentas. Al poco rato vino mi esposa en camisón y empezamos a hablar tranquilamente de que si yo le daba dinero para ponerse encajes en su vestido de medio luto, ella prometía no volver a llevar mechones blancos en el pelo delante de mí, a lo que yo, hecho una furia, considerando aquello insuficiente, empecé a poner objeciones y la hice montar en cólera y gritar. En su acaloramiento habló de mi relación con la señora Knipp y me dijo que, si le prometía no volver a verla (tiene más motivos para sospechar de ella que yo hasta ahora de Pembleton), no volvería a ponerse mechones blancos. Aquello me irritó, pero me callé. No obstante, no pienso volver a ver a esa mujer, o al menos traerla a casa. Pues bien, al cabo de un rato le di dinero a mi esposa para encajes y ella prometió no volver a ponerse mechones blancos mientras yo viva. De modo que otra vez tan amigos, y yo fui a atender mis asuntos y ella a vestirse. A mediodía teníamos un coche listo para nosotros, y salimos los dos para Whitehall. Fui a ver si sir G. Carteret estaba comiendo o no, pues nuestro propósito era hacer una visita allí. Me los encontré sentados, me apuré y no quise subir. Volví al coche con mi esposa y otra vez a casa. De camino, me acordé de una vez que habíamos ido solos, ella y yo, a cenar a un mesón francés, y fui en busca de monsieur Robins, el que me hace las pelucas, quien regenta una taberna en una fea calle de Covent Garden. Lo encontramos en la puerta y entramos. En apenas un momento teníamos la mesa puesta y vasos limpios, todo al estilo francés. De primero tomamos potaje, luego un par de pichones à l´esterve y a continuación un trozo de boeuf à la mode, todo ello magníficamente sazonado y muy de nuestro agrado. La taberna estaría mejor en cualquier otro sitio antes que en esa calle tan mala y en la casa de un peluquero, pero me cautivó ver el servicio tan rápido y agradable que nos dieron, y a la gente tan despierta y deseosa de agradar. La comida nos costó seis chelines. Luego mi esposa y yo fuimos en coche a Islington, pues hacía muy buen día, y de allí a casa de sir G. Whitmore, donde

nos apeamos, caminamos por el campo hasta Kingsland y regresamos, un paseo que creo no haber dado en veinte años, pero que me recuerda a mi niñez, cuando vivía en Kingsland y disparaba con mi arco y mis flechas por aquellos campos.

14 de julio

Día del Señor. Mi esposa y yo nos levantamos poco antes de las cuatro para prepararnos. Al rato llegó la señora Turner, tal como habíamos acordado, y ella y yo nos quedamos charlando abajo mientras mi esposa se vestía. Me enfadé por lo mucho que tardaba, pues nos tuvo esperando hasta pasadas las cinco. Cuando estuvo lista, y tras coger unas cuantas botellas de vino y cerveza y un pollo frío, tomamos un coche de cuatro caballos que yo había contratado anoche y partimos. Hacía un día estupendo y nos dirigimos a Epsom, charlando animadamente durante todo el trayecto. El campo estaba precioso, aunque el camino se hallaba muy polvoriento. Llegamos a Epsom hacia las ocho, al pozo, donde había mucha gente, y allí nos apeamos. Yo bebía agua pero ellas no, pues prefieron pasearse y andar un poco entre las mujeres. Bebí dos litros que me causaron unas buenas deposiciones. Me encontré con algunos de la ciudad, entre otros, a varios comerciantes de la oficina, pero hablé solo un poco con ellos pues el sol empezaba a apretar. Subimos de nuevo al coche y nos dirigimos al pueblo, a la posada de La Cabeza del rey, adonde nos llevó el cochero. Nos dieron un cuartucho, aunque era el mejor de los que no estaban ocupados, y allí pedimos que nos dieran de comer y beber […]

Subimos al coche, atravesamos el bosque del señor Mynne y vimos la casa del señor Evelyn. Luego cruzamos los campos comunales y el pueblo de Epsom en dirección a la posada. En el camino paré a una pobre mujer que llevaba un cubo de leche y en uno de mis vasos dorados nos hartamos de una leche mejor que cualquier nata. Luego fuimos a la posada y tomamos un cuenco de nata, pero estaba agria y no la disfrutamos. Pagamos la cuenta y tomamos el coche hacia las siete de la tarde. A nuestro paso veíamos a la gente caminando con sus esposas e hijos para tomar el aire. Emprendimos el camino

de vuelta mientras el sol empezaba a declinar y llegamos a casa tras haber disfrutado mucho de todo el trayecto en el frescor de la noche, hablando y complaciéndonos con el plan de hoy. La señora Turner quedó muy contenta cuando le dije que mi propósito no era tener una casa en el campo, sino un coche para ir algunos sábados con mi mujer a este o aquel lugar, lo que supone más variedad, y menos gastos y problemas, que una casa en el campo.

11 de agosto

Día del Señor. En pie a las cuatro y listo con la señora Turner para tomar un coche antes de las cinco. Eso hicimos; nos pusimos en marcha y llegamos al pozo de Barnet hacia las siete, donde había mucha gente bebiendo. La mañana estaba tan fresca que pasamos frío en el coche durante todo el trayecto. Allí nos encontramos a Joseph Batelier, con quien estuve hablando, y también estaban W. Hewer y su tío Steventon. Después que yo bebiera tres vasos de agua y las mujeres nada, volvimos en coche a Barnet y paramos en el León Rojo. Nos apeamos y subimos al comedor, donde bebimos y comimos una de las mejores tartas de queso que he probado en mi vida. Luego subimos nuevamente al coche, acompañados a caballo por W. Hewer, y pusimos rumbo a Hatfield, a la posada que está junto a la casa de milord Salisbury, y allí descansamos, bebimos y pedimos que nos dieran de comer. A continuación, a la iglesia, pues tocaba ir a misa, y allí nos encontramos a milord y milady Sand, a varias bellas damas de la familia y a muchos otros rostros hermosos y personas nobles en la iglesia. Escuchamos un sermón excelente y muy devoto, que me agradó sobremanera, sobre los signos de la gracia salvadora cuando se da en un hombre, y uno de los signos, que este conservaba durante toda su vida, era que, allí donde está la gracia, también está la gracia de la oración, que aquel dominaba magníficamente. En esta iglesia reposa el anterior lord Salisbury, Cecil, enterrado en una rica tumba. Terminada la misa, fuimos a la posada y allí comimos muy bien y agradablemente. Nada más acabar de comer, salimos al parque, atravesamos la hermosa alameda, entramos en el viñedo y se lo enseñé a los demás. Estaba muy cuidado y ciertamente era un lugar muy agradable, lo que,

junto con nuestro bonito paseo por el parque, fue muy grato y de lo más deseable como placer campestre y para tomar el aire. A nuestro regreso, agotados por el paseo (porque fue bastante largo) y de nuevo en la posada, las mujeres disfrutaron poniéndose unos sombreros de paja, que se llevan mucho en esta región. Les sentaban estupendamente, sobre todo a mi esposa. Después de descansar un poco, subimos de nuevo al coche y volvimos a Barnet, donde W. Hewer nos alojó en su casa, que es espléndida, y nos agasajó con tartas de queso, crema, empanadas y otras buenas viandas. Luego fuimos al jardín, que es precioso, y me llené los bolsillos de avellanas. Entre otras cosas, encontré en esa casa un libro impreso sobre la vida de O. Cromwell, que lo enaltecía como soldado y político aunque fuera un rebelde, el primero que veo de esa clase, y muy bien hecho. Luego subimos nuevamente al coche y llegamos a casa muy contentos justo cuando el día empezaba a declinar. Así que, recién llegados, cenamos algo y nos acostamos, felices con el plan de hoy.

18 de agosto

Día del Señor. En pie. Una vez arreglado, di un paseo hasta la iglesia de Santa Catalina para ver cómo estaba, pero no percibí ningún cambio en ella, como decían, por asistir el alcalde y los regidores a escuchar el sermón, como hacen todos los domingos, igual que antes iban a San Pablo. Volví caminando a casa y a nuestra iglesia. El sermón fue muy insulso y en la iglesia no había personas de rango, por hallarse en sus casas de campo. Luego a casa, donde comí con la señora Turner y con su hija Betty. Tomamos una rica pierna de venado, especiada y hervida. Fue una comida buena y alegre.

17 de octubre

[…] De allí a la oficina, donde estuve ocupado toda la mañana. A mediodía fui a comer a casa. Llegaron el señor John Andrews y su esposa y comimos juntos. Fue muy agradable, aunque me pasé casi toda la comida de mal humor porque los criados se habían olvidado de tener preparado el vino (pues yo no tenía ni una botella en casa, cuando creo que en los tres años siempre he tenido de dos o tres clases), lo que nos obligó a esperar un buen rato hasta que lo trajeron. Cuando llegó el vino, empecé a animarme y lo pasamos bien. Fue curioso observar la afición que tiene el señor Andrews a la carne cruda, pues no la come con agrado si la sangre no corre por su mentón, como ocurrió en esta ocasión con una pierna de carnero que solo estaba medio hecha. Pero parece que en su casa le preparan así toda la carne, la ternera y todas las demás, y también la come así por la noche. Por la tarde milord Annesley me contó que esta mañana la Cámara de los Comunes ha hecho indagaciones sobre muchas cosas, como la venta de Dunkerque, la división de la flota el año pasado, el negocio con los botines de milord Sandwich y muchas cosas más, de modo que ahora están empezando a investigarlo y sabe Dios cómo terminará. El caso es que han nombrado un comité para inquirir sobre los malos manejos de la guerra.

■

[9] Tal cual en el original. Pepys solía intercalar palabras o expresiones en francés y español.

LA CUAJADA Y EL REQUESÓN NO EVITAN

LA INDIGESTIÓN

11 de mayo

[…] Comí con Balty y con su esposa, que ha venido hoy a la ciudad desde Deptford para vernos. Después de comer salí, tomé un coche, fui a casa de Mary Mercer y me la llevé al Teatro del Duque de York, donde vimos La tempestad. En un intermedio, fui a buscar a Henry Harris[10] y le hice repetirme las palabras de la ninfa Eco mientras yo las anotaba. Había intentado escribirlas durante la función, pero después, al haberlo hecho sin mirar el papel, descubrí que no entendía mi letra. Ahora tenía las palabras bien legibles y, al entrar allí, tuve el placer de ver a los actores con sus diferentes trajes, sobre todo a los marineros y al monstruo, que era muy gracioso. Cuando regresé a la función, ocurrió algo que me enfadó, y fue lo siguiente: la naranjera fue al patio de butacas y me recriminó por doce naranjas que, supuestamente, había llevado de mi parte a un palco de damas durante una función nocturna, lo cual era totalmente falso, aunque ella juraba que era verdad. Yo lo negué y no le pagué, pero, para acallarla, le compré cuatro chelines de naranjas, a seis peniques la pieza. Allí vi a milord Ormond por primera vez desde que vino de Irlanda, hará unos ocho días. Acabada la función, llevé a Mary Mercer por el río al Jardín de Primavera, donde estuvimos paseando, comiendo, bebiendo y cantando muy alegremente, lo que hizo que la gente se acercara a escucharnos. Dos niños pequeños, hijos de un vecino nuestro, que estaban allí por casualidad, entraron en nuestra pérgola y les hicimos bailar de forma encantadora. Luego, muy contentos, fuimos por el río hasta el Puente de Londres, desembarcamos y volvimos a embarcar en la otra orilla hacia la Torre. Acompañé a Mary Mercer a su casa y yo me fui a la mía. Subí a mi habitación y al poco rato me acosté.

20 de mayo

Tras levantarme, a Whitehall con el coronel Middleton en un coche nuevo y flamante que se ha comprado. Allí, como el duque de York había trasladado su residencia este año al palacio de St. James, caminamos un poco y nos lo encontramos llegando a Whitehall. Volvimos a la sala del consejo, donde se hallaba reunido el Comité de la Marina, y allí discutimos varios asuntos, pero, ¡cielo santo, como necios! Tanto que da vergüenza ver cosas de tal importancia en manos de un consejo que no sabe nada de ellas. Entre otras cuestiones, estaba la construcción secreta de un barco con Heemskerck para navegar tres veces más rápido que cualquier otro, pero este tiene al príncipe Rupert de su parte, y de ese modo creo que logrará mejores condiciones de las que conseguiría, o debería conseguir, en otro caso. Acabado aquello, me encontré con sir Richard Brown, que me llevó a una nueva taberna pasado Charing Cross, donde unos clientes suyos le ofrecieron buena comida y compañía. Entre otros, un tal Boeve, procurador, abogado y comerciante al mismo tiempo, que ha viajado mucho y que contó algunas cosas interesantes, aunque es un sabelotodo. No obstante, el relato de sus viajes por los Alpes estuvo muy bien. De allí fui caminando al Teatro Real, donde vi otra vez El jardín de las moras y seguí sin encontrarle la gracia, salvo alguna frase ingeniosa aquí y allá y nada más. Allí me encontré con Creed y me lo llevé al estudio de Hayls para ver el bosquejo de la cabeza de Harris que aquel está dibujando para mí y que todavía no acaba de gustarme. Luego fuimos a la Bolsa, donde saqué a buen precio unas cintas para mi esposa, y a continuación a la Casa del Requesón, a beber y comer unas cuajadas que al cabo de un rato me dieron un fuerte dolor de estómago.

9 de junio

Al llegar a Oxford, un lugar muy bonito, pagué a nuestro guía una libra y dos chelines. El barbero, dos chelines y seis peniques. El libro sobre Stonehenge, cuatro chelines. Fuimos a comer y, cuando salí con mi esposa, los criados y el posadero, pagué diez chelines al que nos enseñó los colegios y la biblioteca, y cinco chelines al que nos mostró el Colegio de Todas las Almas y los cuadros de Chicheley. Luego a ver el Colegio de la Iglesia de Cristo con mi esposa, después de que yo hubiera visto con W. Hewer varios otros magníficos antes de comer. Al criadillo que me acompañaba le di un chelín. Las fresas, un chelín. Comida y criados, una libra con seis peniques. Tras ir a la posada, una vez visitados los colegios, fui con el posadero a las despensas del colegio Brasenose y en la bodega vi la mano del gigante de Hales.[11] Al bodeguero, dos peniques. De allí en coche con los criados al Jardín Botánico, un chelín. Luego al estudio de fray Roger Bacon: subí, lo vi y le di al hombre un chelín. Una botella de vino dulce para el posadero, dos chelines. Oxford es un lugar espléndido, muy bien situado y con hospedaje barato. Por la noche fuimos a Abingdon, donde había habido una feria de flanes. Allí vimos a mucha gente y a estudiantes que iban a casa, disfrutamos de una música muy bonita, y estuvimos cantando y bailando hasta la cena: cinco chelines.

10 de junio

Tras levantarme, fui a pie al hospital, muy grande y bonito, con cuadros de los fundadores y de la historia del hospital. Dicen que este cuesta setecientas libras al año y que el señor Foley estuvo aquí hace poco para ver cómo estaban sus tierras. Allí, en inglés antiguo, estaba la historia de la fundación del hospital, con un pictograma en la parte de abajo. Di dos chelines con seis peniques a los pobres, que solo las aceptan en sus cajas. Luego a la posada, a pagar la cuenta y a los criados, trece peniques. Seguimos camino hacia Hungerford, guiados durante un buen trecho por el posadero, un tal Heart, un hombre mayor pero muy cortés y bienhablado, como yo nunca he visto en ningún otro de su condición. Cuando se marchó, seguimos adelante y yo me enfadé porque mis criados no recordaban el camino. Ya en Hungerford, comimos unas ricas

truchas, anguilas y cangrejos de río. Es un pueblo mísero y desagradable. La comida, doce chelines. Salimos de allí con un guía, que nos acompañó a [Black Heath] y luego se fue, tres chelines con seis peniques. Desde cualquier punto del altiplano se veía la torre del campanario, pues todo era planicie, y llegamos a Salisbury por la noche. No obstante, antes de llegar a la ciudad divisé una gran fortificación. Bajé del coche, me encaminé hacia ella y entré. Me pareció siniestra, tanto que sentí miedo de estar allí solo a esas horas de la noche, pues estaba oscuro. Después me enteré de que era lo que llaman Old Sarum. Ya en Salisbury, fuimos a la posada de George, donde cenamos muy bien y nos acostamos en camas con sábanas de seda.

22 de agosto

[…] Esta tarde, agotado del trabajo en la oficina, fui a la Bolsa para hablar con el capitán Cocke, pero no lo encontré. De camino a casa, fui por el Puente de Londres, bajé andando por Fish Street y Gracious Street para ver la magnífica bajada que han hecho en la colina, que ahora resulta más fácil y agradable. Cuando cruzaba por Leadenhall Street, y al ser día de mercado, vi cómo cogían a una mujer que había robado una paletilla de cordero del puesto de una carnicera y la llevaba envuelta en un paño dentro de una cesta. La muy pícara fue pillada y no lo negó. La carnicera fue tan tonta que simplemente cogió la carne y la dejó marchar.

23 de agosto

Día del Señor.

Me levanté temprano, con la mente puesta en mi importante carta [al duque de York]. Primero colgué mi nuevo mapa de París en el

cuarto verde y cambié otros de lugar. Luego a casa del capitán Cocke con la intención de comentar más por extenso lo que me contó ayer, pero no estaba, así que volví para ir a misa. Escuché un buen sermón del señor Gifford en nuestra iglesia, sobre el tema: «Busca primero el reino de los cielos, y todo lo demás te vendrá dado». Fue un sermón excelente, persuasivo, bueno y moral. Gifford demostró, como hombre sabio, que la rectitud es una forma de riqueza más segura y virtuosa que el pecado y la ruindad. Luego a comer a casa con el señor Pelling, quien trajo una liebre que tomamos en la comida, y con W. Howe.

[10] Actor de la compañía.

[11] John Middleton. (Nota de los editores).

ALABANZAS DE UNA SALSA PARA CARNE,

POLLO O PESCADO

10 de febrero

Una vez levantado, salí con W. Hewer y con mi esposa, que nos dejó en Whitehall, donde el duque de York se había ido a cazar. Cuando terminé un asunto allí, recogí a mi esposa y fuimos juntos al escayolista de Charing Cross que hace bustos y cuerpos en escayola y que me hizo un molde de la cabeza. Al principio me molestó tener que embadurnarme toda la cara con emplasto, pero fue muy agradable sentir lo suave y fácil que se extiende sobre el rostro y luego, gradualmente, cómo se endurece tanto que no se puede romper y se queda tan pegado que no se puede arrancar. Sin embargo, parece tan cómodo y blando como una almohada, pues no hay problema cuando muchas partes del cuerpo soportan la misma carga. Así se hizo el molde, pero, al sacarlo, no me gustó la imagen que vi en él, ni tendrá ningún parecido con mi figura cuando yo venga a verlo vaciado, lo que haré dentro de un día o dos, pues me muero de ganas. De allí a las Columnas de Hércules, donde comí con mi esposa y con W. Hewer. Luego a Whitehall, donde me quedé hasta que el duque llegó de la cacería, lo que ocurrió poco después. Cuando se hubo cambiado, salió a comer y yo le esperé allí. Me dijo que mañana iba a ser el gran día en que se debatiría el asunto de la Marina delante del rey y de sus consejeros, y que él debía estar en guardia y había planeado tenerme a su lado, pero pensándolo mejor había preferido dejarlo pasar. El caso es que ahora se están metiendo en la parte económica de la Marina. El duque comió allí y ensalzó grandemente una salsa con la que acompañaba todos sus platos y dijo que era la mejor del mundo. Se la había descubierto el embajador de España y estaba hecha con un poco de perejil y pan tostado, machacados en un mortero con vinagre, sal y un poco de pimienta. Él la toma con carne, pollo o pescado. A continuación me

cantó las alabanzas de un nuevo tipo de vino que ha descubierto recientemente, llamado vino de Navarra. Lo probé y me pareció un buen vino, pero me apetecía más la idea de la salsa, que probé poco después y me encantó. Acabada la comida, hice aquello a lo que había ido: obtener su consentimiento para que Balty pueda mantener su cargo de comisario de Guerra por delegación, en el nuevo empleo que tengo pensado para él relacionado con las cuentas del almacén. El duque me lo garantizó y yo me alegré enormemente por ello. De allí a la oficina, donde estuve muy ocupado con muchos asuntos hasta muy tarde por la noche. A casa a cenar y muy contento a la cama.

24 de febrero

Hasta tarde en la cama, pues tenía sueño y me dolían los ojos. Además, estaba tan acatarrado que apenas podía hablar, a pesar de lo cual, pasado un rato, fui a la oficina y a mediodía comí en casa con mis criados. Volví a la oficina y allí estuve muy ocupado hasta última hora de la tarde. Por la noche mi esposa fue a buscarme para ir a casa de W. Hewer, donde descubrí dos habitaciones magníficas, con muebles tan finos y todo tan lujoso e impecable, que quedé muy complacido con él y con estas. Allí, mi esposa, las dos muchachas[12] y yo como únicos invitados, tomamos una fuente ricamente aderezada de natillas y tortas, y estuvimos bebiendo y charlando. Volvimos a casa y nos acostamos infinitamente complacidos por el convite de Hewer, pues fue todo muy fino y agradable.

[12] Dos primas lejanas de Pepys.

Si te ha gustado

La alegría del exceso

te queremos recomendar

Una ventana al mundo

de Isaac Bashevis Singer

Invenciones

Desde que me mudé al campo me empieza a vencer el sueño sobre las diez de la noche. Me retiro a la misma hora que mis periquitos y que las gallinas del gallinero. En la cama hojeo Fantasmas de los vivos, pero no tardo mucho en tener que apagar la luz. Un sueño sin sueños —o uno con sueños que no recuerdo— se apodera de mí hasta las dos de la mañana. A esa hora me despierto completamente descansado, la cabeza como un hervidero de planes y posibilidades. En la noche de invierno que describiré se me ocurrió escribir una historia sobre un comunista —de hecho, un teórico del comunismo — que asiste a un congreso de izquierdas sobre la paz mundial y ve un fantasma. Lo vi todo con claridad: la sala de reuniones, los retratos de Marx y Engels, la mesa cubierta con un mantel verde, el comunista, Morris Krakower, un hombre bajito y regordete con el pelo muy corto y una dura mirada tras unos quevedos de lentes gruesas. El congreso se celebra en Varsovia en los años treinta, la era del terror estalinista y los Juicios de Moscú. Morris Krakower disfraza su defensa de Stalin con una jerga de teoría marxista, pero todos captan perfectamente lo que quiere decir. En su discurso proclama que solamente la dictadura del proletariado es capaz de asegurar la paz y que, por tanto, no puede tolerarse ninguna desviación a derecha o a izquierda. La paz mundial está en manos del NKVD.

Tras los informes los delegados se reúnen a tomar una amistosa taza de té. El camarada Krakower no deja de pontificar. Oficialmente es uno de los delegados pero en realidad no es sino un representante de la Comintern. Su perilla recuerda a la de Lenin; su voz tiene un duro timbre metálico. Conoce a fondo el marxismo y sabe hablar varios idiomas; ha dado conferencias en la Sorbona. Dos veces al año viaja a Moscú. Y, como si lo anterior no fuera suficiente, es también hijo de un hombre rico: su padre posee algunos pozos de petróleo cerca de Drohobycz. No le hace falta ser un funcionario a sueldo del Partido.

Morris Krakower se maneja bien en las conspiraciones, pero en esta ocasión las intrigas no son necesarias. La prensa puede asistir a las sesiones; la policía ha infiltrado a sus espías, pero Morris no ha de temer un arresto. Incluso si fuera arrestado, no sería una gran

tragedia. En la cárcel podría dedicar su tiempo a leer. Sacaría clandestinamente panfletos de su puño y letra para despertar a las masas. Unas pocas semanas en prisión no pueden sino reforzar el prestigio de un trabajador del Partido.

Fuera cae la helada. Hacia el atardecer empieza a nevar. El té se da por acabado y Morris Krakower se dirige a su hotel. Las calles son suaves, campos blancos a través de los cuales los tranvías se deslizan medio vacíos. Los comerciantes han bajado las persianas y duermen a pierna suelta. Sobre los tejados brillan innumerables estrellas. Si hay seres inteligentes en otros planetas, medita Krakower, quizás sus vidas también estén reguladas por planes quinquenales. Se sonríe ante la idea. Sus gruesos labios se separan, dejando entrever unos dientes grandes y cuadrados.

En el bordillo está sentada una loca. Junto a ella hay una cesta llena de viejos periódicos y harapos. Ensimismada y despeinada, y con un fiero brillo en los ojos, conversa con sus demonios. En algún lado maúlla un gato. Un vigilante nocturno vestido con una chaqueta de piel y una capucha comprueba los cierres de los comercios. Morris Krakower entra en su hotel, recoge la llave en la recepción y sube en ascensor hasta el cuarto piso. El largo pasillo le recuerda a una prisión. Abre la puerta de su habitación y entra. La camarera ha cambiado las sábanas. No tiene más que desvestirse. Mañana el congreso empieza tarde, así que Morris podrá recuperar algo de sueño.

Se pone un pijama nuevo. ¡Qué poco carismático es un líder descalzo enfundado en un pijama que le queda grande! Se acuesta en la cama y apaga la luz de la mesilla. La habitación es oscura y fría, y se queda dormido de inmediato.

De repente, siente que a sus pies alguien tira de la manta. Se despierta. ¿De qué se trata? ¿Hay un gato en la habitación? ¿Un perro? Se sacude el sueño de encima y enciende la luz. No, no hay nadie. Lo debe de haber imaginado. Apaga la luz y se dispone a dormir, pero de nuevo alguien empieza a tirar de la manta. Morris tiene que tirar a su vez de ella para evitar quedarse destapado. «¿Qué es lo que pasa?», se pregunta. Una vez más enciende la luz. Evidentemente tiene los nervios de punta. Está sorprendido, porque goza de buena salud y últimamente ha descansado bien. Todo va

como la seda en el congreso.

Retira la manta y examina las sábanas. Sale de la cama y comprueba que la puerta tiene el pestillo puesto. Echa un vistazo al armario. Nada. «En fin, supongo que estaría soñando», concluye, aunque sabe que no se trataba de un sueño. «¿Una alucinación?». Morris Krakower está enfadado consigo mismo. Apaga la luz y regresa a la cama. «¡Basta de estupideces!».

Pero claramente alguien está tirando otra vez de la manta. Morris se incorpora en la cama con tanta fuerza que hace sonar los muelles del colchón. Alguien, alguna criatura invisible, está tirando de la manta y lo hace con la fuerza de unas manos humanas. Morris no mueve un músculo. ¿Habré perdido la cabeza?, piensa. ¿Estoy sufriendo una crisis nerviosa?

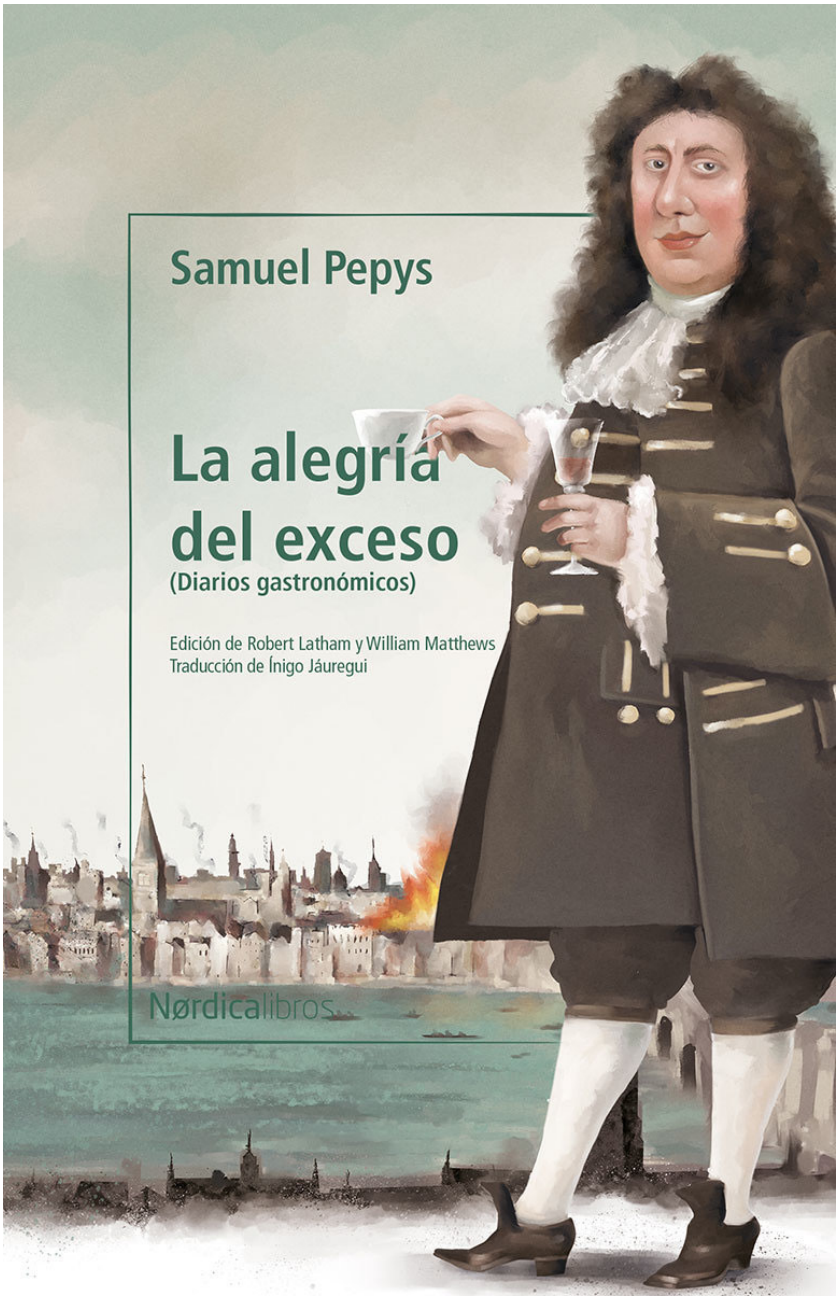
Suelta la manta y la presencia invisible, el poder cuya existencia es imposible, la desliza de inmediato hasta los pies de la cama. Morris queda destapado hasta las rodillas. «¿Qué demonios es esto?», pregunta en voz alta. No quiere admitirlo, pero está asustado. Alcanza a oír los latidos de su corazón. Ha de haber alguna explicación. No puede tratarse de un fantasma.

Tan pronto como la palabra aparece en su cabeza el terror se apodera de él. Tal vez se trate de alguna clase de sabotaje. ¿Pero de quién? ¿Y cómo? La manta se ha caído de la cama. Morris quiere encender la luz pero es incapaz de encontrar el interruptor. Tiene los pies fríos pero la cabeza caliente. Sin querer tira de un golpe la lámpara de la mesilla. Salta de la cama y trata de encender la luz del techo, pero se choca contra una silla. Da con el interruptor y enciende la luz. La manta está tirada en el suelo. La pantalla de pergamino se ha desprendido de la lámpara. De nuevo Morris comprueba el armario, se acerca a la ventana y sube las persianas. La calle está blanca, desierta. Busca una puerta que conduzca a otra habitación, pero no hay tal. Se agacha y busca a tientas bajo la cama, luego abre la puerta del pasillo. No hay nadie. «¿Debería llamar al conserje? ¿Pero qué voy a decirle? ¡No, no pienso hacer el ridículo!», decide. Cierra la puerta, echa el pestillo y baja las persianas. Vuelve a echar la manta sobre la cama y coloca la pantalla en la lámpara. «Qué locura», musita.

Morris Krakower ha empezado a sudar a pesar de que en la habitación hace frío. Tiene húmedas las palmas de las manos. «Debe tratarse de algún tipo de neurastenia», se dice, tratando de tranquilizarse. Se plantea dejar la luz encendida durante un rato, pero se avergüenza de su cobardía. «¡No debo permitirme ser víctima de semejante superstición!». Apaga el interruptor y regresa con paso vacilante a la cama. Ya no es el mismo Morris Krakower seguro de sí mismo, portavoz de la Comintern. Es un hombre asustado. ¿Volverá lo que sea que hay en la habitación a tirar de la manta?

Durante un rato Morris permanece echado sin hacer un solo gesto. La manta no se mueve. Al otro lado de la ventana alcanza a oír el apagado ruido metálico de un tranvía. Se encuentra en el centro de una ciudad civilizada y no en el desierto o en el Polo Norte. «¡Todo está en mi cabeza! —razona—. ¡Tengo que dormir!». Cierra los ojos. Inmediatamente siente un tironcito. No, no es solo un tironcito sino un fuerte empellón. En un segundo tiene la manta a la altura de las caderas. Morris estira la mano, agarra la manta y trata rápidamente de tirar de ella. Pero tiene que emplear todas sus fuerzas porque su visitante nocturno está tirando enérgicamente en la dirección contraria. El visitante es más fuerte y Morris tiene que ceder. Resuella, gruñe, le insulta. El breve forcejeo deja a Morris cubierto de sudor. «¡Qué calamidad más grande!», exclama, repitiendo una expresión que usaba su madre. ¡Que semejante locura le tenga que pasar precisamente a él, entre toda la gente! ¿Qué podrá ser? «Dios santo, ¿existirán los demonios de verdad? Si es así, entonces estamos perdidos».

La alegría del exceso



Este diario titánico y minucioso sirvió para, entre otras cosas, leer algunas de las claves de la llamada Restauración inglesa. En él,

Samuel Pepys comentaba eventos sociales, cuestiones literarias, criticaba a los políticos de la época y, sobre todo, desvelaba sin pudor toda suerte de intimidades: infidelidades, celos, dudas, la tormentosa relación con su esposa Elisabeth… Al mismo tiempo, el registro de sus entradas diarias fueron esenciales para conocer los sucesos de su tiempo: desde la gran peste bubónica de 1665, que mató a cien mil londinenses —el 28 % de la población—, hasta la guerra contra Holanda, pasando por el gran incendio de Londres de 1666.

Samuel Pepys (Londres, 1633-Clapham, 1703). Funcionario naval, político y célebre escritor británico. Es conocido sobre todo por el detallado diario privado que mantuvo entre 1660 y 1669, publicado más de cien años después de su muerte. En la década de 1660 pasó a ser miembro de la Royal Society y, en el momento culminante de su carrera, fue elegido presidente de esta. Isaac Newton, con el que se carteaba, publicó en 1687 su Principia mathematica bajo el imprimátur de Samuel Pepys, por entonces presidente de la Royal Society.

Título original: The Joys of Excess

© The Masters, Fellows and Scholars of Magdalene College, Cambridge, The Estate of Robert Latham and The Estate of William Matthews, 1985

© De la traducción: Íñigo Jáuregui

Edición en ebook: febrero de 2022

© Nórdica Libros, S.L.

C/ Fuerte de Navidad, 11, 1.º B

28044 Madrid (España)

www.nordicalibros.com

ISBN: 978-84-18451-06-5

Diseño de colección: Diego Moreno

Corrección ortotipográfica: Victoria Parra y Ana Patrón

Composición digital: leerendigital.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con

la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

Portada

La alegría del exceso

Vino del Rin y una taza de té chino

Botarga, pan, mantequilla y luz de luna

Ostras hervidas y un par de carpas guisadas

Anguilas, patos y pastel de carne

Una empanada para un velatorio y una buena asadura de cerdo

El almuerzo más mísero, mezquino y grosero

Impedir que se pierda el parmesano

Una panzada de leche y la mejor tarta de queso00

La cuajada y el requesón no evitan la indigestión

Alabanzas de una salsa para carne, pollo o pescado

Promoción

Sobre este libro

Sobre Samuel Pepys

Créditos